

LA VUELTA DE LOS DÍAS

Tàpies. Otoño de 1991

Pere Gimferrer

Desde los orígenes de su trayectoria, Tàpies dialogó a un tiempo con lo cotidiano y con lo sagrado. Descubría la cotidianidad en lo sacro, y lo sacro, en la cotidianidad. Podemos aceptar, con Mircea Eliade, que lo sagrado forma parte de la percepción inmediata del mundo circundante por el hombre, de modo tan ineludible como el sentido de la orientación espacial. Desde este punto de vista, toda la obra de Tàpies puede describirse como una expresión de lo sagrado en cuanto componente de la aprehensión fenomenológica. De más está decir que tal idea de lo sagrado ni requiere ni rechaza en el espectador el asentimiento a la noción de divinidad personal; discurre, efectivamente, en un ámbito distinto, pues no se mueve en el mundo de las creencias, sino en el de la percepción. Sólo, empero, desde esta avizoradora atalaya de lo sagrado adquiere su plena dimensión el arte de Tàpies, que no se limita a suscitar los fortuitos accidentes del material o a ser testigo y, a la vez, teatro de ellos, sino que muestra (como tras una pantalla traslúcida o descifrando un palimpsesto o una inscripción en tinta simpática), no ya una metáfora de lo invisible, sino su expresión misma.

El mundo de Tàpies no está hecho de conceptos, pero tampoco de objetos materiales. Consiste, más bien, en objetos únicos, en el sentido de que sólo en ellos se ha producido el tipo de operación cognoscitiva que, a propósito de las botas de campesino pintadas por Van Gogh, describió Heidegger en su ensayo

"El origen de la obra de arte". En efecto, pintado por Van Gogh, o incorporado a su plástica —en la forma que sea— por Tàpies, un objeto, no sólo se significa a sí mismo de modo más pleno que en la percepción corriente —pues no tiene ya vinculación alguna con la usual concatenación de causas y efectos que en ella se da—, sino que, principalmente, se significa a sí mismo en cuanto obra de arte, esto es, en cuanto "cosa mental", como de la pintura decía Leonardo. Más mental será, precisamente, cuanto más material: ya Leonardo escrutaba sombras de águilas en los muros descoloridos.

Los objetos de Tàpies —grafismos o esculturas— son únicos, por cuanto la operación artística llevada en ellos y mediante ellos a cabo es del todo singular e irrepetible, y no traducible en rigor a otro idioma que el de la estricta existencia plástica; se trata, por lo demás, a un tiempo de materialidades y de ideas —y, por lo tanto, no cabe describirlos ni como simples objetos ni como simples conceptos—, ya que su esencia en cuanto obra de arte, consiste en significarse a sí mismos de un modo distinto al que de significarse a sí mismos tienen otros objetos cualesquiera del mundo tangible. Se significan a sí mismos, efectivamente, en cuanto vehículos de lo sacro, entendiendo aquí por tal lo que, desde Frazer hasta Dumézil, ha solido entender la antropología. En efecto, no es ilícito ver en tales obras la expresión de realidades del espíritu humano, que sólo mediante ellas o mediante vehículos análogos a ellas pueden manifestarse.

En dos direcciones, aparentemente bifurcadas pero sin duda alguna complementarias, discurre el momento actual de la evolución de Tàpies. Por una parte, las esculturas, con independencia de las dimensiones efectivas de cada una de ellas, tienden a una imponente monumentalidad, a una grandeza solemne y atávica de tótem milenario; por otra parte, las pinturas sobre papel o cartón, con la salvedad de alguna que abruptamente elige la más punzante agresión cromática y el máximo estallido visual, optan en general por la insinuación íntima, por el tono de música de cámara. En efecto, las esculturas, quizá ante todo por su condición de masas tridimensionales en el espacio, adquieren el carácter de huellas, vestigios, restos o reliquias de alguna civilización olvidada e intemporal, al modo de estas frases de Saint-John Perse —, se trata necesariamente de un pueblo extinguido. No siempre, sin embargo —en Tàpies como en Saint-John Perse—, se trata necesariamente de un pueblo lejano en el tiempo o en el espacio; por el contrario, en algunas ocasiones lo que nos turba es precisamente la insólita capacidad de desvelar el fondo ritual y tribal de la vida contemporánea, al introducir en ella, tras los perecederos y lacerados residuos de la rutina diaria, la inquietante máscara de lo ancestral.

Lo cotidiano se convierte así en épico y mítico; pero se trata de una épica y un mito del conocimiento, y de ahí que desemboque en la región de lo sacro, e incluso de lo terrible, que ha acompañado al conocimiento desde los misterios de Eleusis, y aun antes, y que Miguel Ángel designaba con el apropiado vocablo de "terribilità". Esta grandeza arcaica no es distinta en el fondo de la que admiramos, por ejemplo, en el arte micénico, cuando no en la escultura prehistórica o en la de los pueblos indígenas del África Negra, que fecundó la imaginación del joven Picasso; mas no le pertenece únicamente al dominio de lo remoto, del sustrato originario, sino también aquella zona en que la suma desnudez, la estilización y depuración

sumas confluyen con la esencialidad primigenia. Al igual que en el arte románico, aquí el refinamiento se hermana con la concisión, y lo torturado con lo iluminadoramente extático. Se asienta el arte, llegado a su cúspide de plenitud expresiva, en el remansamiento final del ser. Lo que Shakespeare llamó las plemares de la vida han cesado, como muriendo mansamente al borde de un escollo, casi como deteniéndose en un umbral que no puede trasponer la contingencia —el umbral del espacio acotado por la obra de arte— ante este cráneo, ante este disco, ante esta campana tibetana, enseres del nuevo rito que oficia Tàpies, y que consiste en el duplicado del universo cotidiano erigido en territorio de lo sagrado y del conocimiento.

Opuestas en apariencia a esta conciliada región de reposo ciclópico, las pinturas sobre papel o cartón proyectan signos que aluden a elementos emblemáticos del mundo de Tàpies. No está, por cierto, ausente de ellas la campana, y aparece incluso una alusión a la copa de Li Po; con todo, son más frecuentes la cruz y ciertas letras del alfabeto, sin duda los datos más persistentes —junto con la huella y el rasguño— de la pintura de Tàpies. El barniz brillante y como fresco todavía en apariencia, no sólo reduce la posible aspereza del material y el soporte, sino que acentúa su esplendor sensorial, en contraste con la ascesis de las esculturas. Ante las pinturas, empero, es imposible no pensar en Mallarmé; poseen su mismo lujo armonioso y recoleto a la vez. Pero se trata en todo caso, de un Mallarmé intemporal, no vinculado ya en nada a su época y reducido enteramente a su quintaesencia. Más que propiamente el arte de Mallarmé, la idea que nos queda del arte de Mallarmé; o, para decirlo con las palabras que empleó Isidore Ducasse cuando eligió dejar de llamarse el conde de Lautréamont, "l'expérience qui se dégage de la douleur, et qui n'est plus la douleur elle-même". En líneas generales, aquí el arte de Tàpies ha alcanzado tiempo ha la región en que no es tributario sino de sí mismo: como antaño Miró, responde sólo ante su propio repertorio signico, en diálogo autónomo del lenguaje por él fundado con su código referencial.

Así, Tàpies pertenece a la estirpe artística más augusta: la de los creadores de un idioma exento de toda trabazón

ajena a su propia lógica interior. Precisamente porque se manifiesta mediante datos del mundo material, que persistentemente se expresan a sí mismos, este arte de la inmanencia alcanza la verdadera zona de lo trascendente, que en el caso particular del arte sólo puede consistir en un absoluto artístico. Sólo persistiendo en sí los signos del artista serán algo más que signos y las palabras del poeta algo más que palabras. La grandeza del artista se mide entonces por su

capacidad de hacer manifestarse, o dejar manifestarse, lo absoluto artístico tras la materialidad, y mediante ella, en el campo de batalla del espacio. En esta capacidad es el mundo de hoy única la grandeza de Tàpies, que constituye, por ende, su supremo ejemplo moral; puesto que, antes que belleza, desea suscitar conocimiento, la belleza le será dada, en plenitud, por añadidura. □

© ABC

Savater, contemporáneo

Danubio Torres Fierro

Desde mediados del siglo pasado, cuando el aristócrata y estudiante —y estudiante ruso, para colmo— Bakunin se echó a caminar por Europa con la llama del anarquismo, se paró en Nápoles y, a través de algunos compañeros de correrías, logró que sus doctrinas llegaran a la península ibérica, el componente anarquista ocupa, en el paisaje español, un lugar central y revulsivo. Curiosidades simétricas a destacar: dos productos típicos españoles como son el anarquismo y el carlismo implican, cada uno a su manera, dos utopías contradictorias y, a la vez, complementarias: así, una apunta al pasado en la medida en que sitúa el paraíso terrenal en unos orígenes que se habrían conservado vírgenes y se encontrarían incontaminados, y la otra extiende la vista hacia adelante y declara que el sueño de la perfección se cumplirá puntualmente en lo porvenir. Como sistemas políticos, ni el anarquismo ni el carlismo pueden tomarse en serio; sin embargo como críticas de la sociedad, ambos aportan lo suyo y canalizan a su modo sentimientos arraigados y tenaces. Pero la pregunta que me interesa, aquí, es la de por qué prendió tanto el anarquismo en España. Creo que hay una respuesta, entre muchas otras, que es posible rastrear en algunos

libros españoles y en ciertas páginas de Fernando Savater. Esa respuesta, groseramente enunciada, dice que, en España, la seducción por el anarquismo surge del amor por la libertad. No es casualidad que en 1898, cuando estaba prohibida la palabra anarquismo, se inventara "libertario" para expresar la misma idea. Y, para hacer más transparente el vínculo entre anarquismo y libertad debe recordarse, justamente, que libertad y anarquía se funden y confunden y forman el anverso y el reverso de una misma medalla. De ahí que —añadamos de paso—, incluso en las modernas democracias, las sociedades continúan siendo conflictivas... Libertad no sólo significa, en este contexto, libertad política sino, en una respiración más ancha, libertad de espíritu y un ideal de dignidad y fraternidad humanas / que nunca podrá alcanzarse por medios políticos porque hay que buscarlo en una reforma moral de la sociedad. Por eso, en España, y al igual que en América Latina, a lo largo de la historia se ha apuntado hacia una integración de la vida política con la vida social, se ha subrayado la superioridad de la sociedad sobre el gobierno y de la costumbre sobre la ley y se ha insistido en la necesidad de una fe o una ideología interiores. No sé hasta qué

punto estos paradigmas permanecen vigentes en estos días y menos aún si lo son o no en la España de la algarabía triunfalista de hoy. Sé que Savater, como hijo de vecino y como hijo de su tiempo, los recoge, los recrea y los replantea en sus libros. Lo hace introduciendo un cambio que si no es de voz es de tono y de circunstancia: escribe para una España de mayoría urbana, con gente que asiste a la escuela y estudia en las universidades, que adquiere velozmente hábitos consumistas y destierra la vieja moral católica del pecado y el sacrificio. Son mudanzas que deben tenerse en cuenta si se desea entender a Savater y a su generación.

Situado con y entre sus contemporáneos y sus connacionales, Savater intenta desde allí discurrir sobre cuestiones de ética y moral. Intenta, entonces, y de hecho, entroncar con una tradición muy española: la meditación sobre el entorno y el análisis de las permanencias practicadas desde una perspectiva rotundamente personal. Es un español que razona y que, al hacerlo, escribe lo que otro español llamó una intrahistoria. A su vez, y es importante señalarlo, la modificación del tono y de la circunstancia acarrea una metamorfosis singular: si en buena parte de la vida social de Savater, como en la de todos nosotros, el imperialismo de la política ocupó el lugar del destino, ahora la tarea intelectual y filosófica consiste en reclamar y restaurar nuestra autonomía con respecto a ese reino totalizador que es la política y en llevar adelante una labor que finque su razón de ser en la aprehensión de nuestra época y no en el vano lloriqueo que deplora la maldad de los tiempos. Hay un libro de Savater, *Panfleto contra el todo*, que ya en fecha muy temprana se adentraba en estas cuestiones.

El tema que esta noche nos convoca reza —océánicamente— “Sobre velas y teatro”. Seamos modestos ante esa enormidad y, puesto que estamos en la semana del autor Fernando Savater, hablemos de sus escritos. Leyendo los libros de Savater, desde sus ensayos hasta sus novelas, su teatro y sus narraciones, una de las constantes que se descubre es la del afán de explicarse la prolija molestia de vivir. Se dice fácil pero resulta, sin duda, un ejercicio trabajoso y a menudo irritante. No importa: Savater lo practica con nervio, con entusiasmo y con simpatía, por etapas que se van escalonando una a una, en ritmo concéntrico, y con la alerta conciencia de que cualquier totalidad que se persiga en este terreno está condenada a provocar la risa y el sarcasmo de los dioses. De ahí que, en sus páginas, y en lo que hila la trama de esas páginas, Savater haya dejado en los umbrales, en el quicio de las puertas, esa vocación celosa, despótica, rapaz, en la que se abandona al mundo para abrazar su fantasma y su espectro vestido con los deseos convertidos en realidades, que fue y es, todavía, una de las marcas de fábrica de los escritores y los intelectuales españoles y latinoamericanos. Moralistas lo somos continuamente, decía el doctor Johnson, pero gémetras sólo por azar. Pues bien, y ya que no se trata de pensar en victorias sino en sobrevivir, Savater, el insumiso Savater, el apasionado Savater, ha entendido que, para leer a la realidad y descifrarla, para denunciar cómo las cosas no son lo que parecen ser, la actitud más sana es la humildad —la humildad aliada a la libertad y a la anarquía por que el arte es una crítica de los valores y una contrapropuesta hecha a la vida en nombre de posibilidades más expansivas y profundas. Memoria personal y memoria narrativa son, en el trayecto de Savater, un solo y único movimiento que encamina los esfuerzos del espíritu para imponer un orden y una interpretación al caos de la experiencia. Una experiencia,

acérese, que se multiplica y se agiganta hasta aturdir por obra y gracia de los medios de comunicación, el golpeteo de las teletipos y los relámpagos de las fotografías. Por eso, quiero creer, Savater es sobre todo un periodista. Un periodista, precisemos, como lo previeron Goethe y Wordsworth: un testigo acosado que, en buena medida, suplanta al novelista clásico, y que en sus textos da testimonio de una aventura en la que todos estamos implicados: una sociedad que se empeña en hacer inventario de sus triunfos y fracasos, sus esplendores y sus miserias. Consciente de que forma parte de ese empeño común, Savater, como intelectual y como filósofo, sabe también que su modesto aporte consiste en situarse en una tradición, en releerla para aceptarla o negarla, y en entresacar de allí y del presente actual las huellas, los signos y los símbolos que configuran nuestra más estricta mitología contemporánea. Así, y para terminar, digamos que tanto la utopía carlista como la utopía anarquista tenían cada una, y a su manera, una pizca de verdad: la vida sólo puede ser entendida hacia atrás aunque debe ser vivida mirando hacia adelante. □

Páginas leídas en la “Semana del autor español” dedicada a Fernando Savater en el Instituto de Cooperación Iberoamericana de Buenos Aires.

El nombre y el hombre

Jaime Moreno Villarreal

—...Según te decía, lo que tanto me admira cuando echo una mirada retrospectiva es cómo se me ocurrió la extraña idea de ser poeta, y cómo me puse en disposición de serio.

—Yo creo que todo joven poeta comienza por leer poesía.

—Me refiero a cómo la poesía fue, durante una época de mi vida, aquello que me venía al encuentro.

—Es decir, la poesía establecía una relación contigo, te emocionaba, te decía algo...

—Más bien me esperaba. Yo era torpe, confiado, pasaba sin mirar.

—Ya me imagino, como cruzar diariamente frente a una tintorería que está a unas cuerdas de tu casa, y el día que tienes que llevar un saco a lavar te preguntas, ¿dónde vi una tintorería?

—Eso es, o como ver cotidianamente el rótulo que dice "Tintorería" sin jamás leerlo. Esa es una proeza que realizamos a diario: movemos libremente entre las palabras. Yo no me daba cuenta de que esquivaba los rótulos de las cosas.

—¿No era como abstenerse? ¿Cómo ayunar de palabras?

—Sí; sí creo que es abstenerse, pero ante todo abstenerse de escribir, ése es el ayuno del poeta.

—Entonces, eludir los nombres de las cosas para volver a nombrarlas.

—Mira, yo creo que la poesía no vuelve a nombrar las cosas. En todo caso, estaría dispuesto a aceptar que lo que nombramos es, antes bien, sin nombre. Pero para mí la poesía no es nominación; en todo caso es vocación. La poesía llama, y aún más: provoca, suscita. Ahora, en cuanto a lo que decías antes, del poeta que comienza por leer poesía, eso no lo hace distinto del buen lector. Déjame contarte lo que ocurre con un amigo, él siempre ha sido un buen lector, al grado de negarse a escribir para conservar una ingenuidad, cierta falta de oficio o inhabilidad. Te estoy hablando de alguien que tiene un gusto irreprochable pero que mantiene y alimenta un punto débil. Esa inocencia es la fundamental para él, una verdadera inocencia de poeta. Él cree, por definición, que la inocencia se pierde. Pues bien, yo creo que el poeta no pierde jamás la inocencia sino que la suelta. Evidentemente se trata de una inocencia no inexperta.

—En eso consistiría escribir.

—Escribir, no se, debe ser algo más complejo que lo que se me ocurre. ¿Sabes lo que me llama la atención del acto de escribir? El alcance de las manos, la percepción táctil, la mano que va soltando atenta al oído, bajo el celo del ojo, mano sin adorno, una con el cuerpo. Como si los sentidos fundaran el sexto sentido, y ese fuera el sentido significativo. Es una tensión muy ligada que me recuerda el teatro de marionetas.

—¿Por qué las marionetas?

—Quizá por el hilo de las palabras. El poeta mantiene varios hilos de discurso en la mano al escribir, la mano aprende a obedecer las selecciones que hace, ¿me entiendes?, no sólo la voluntad, sino selecciones de los sentidos. Escribir con las manos es de algún modo tocar lo que dices, y no digo tocar las cosas sino las palabras, por medio de un instrumento. Sueltas y recoges los hilos,

como en la pesca. Pero también estás suspenso de tu hilo.

—Bueno, esa es un poco la vieja noción del autor como creador, ¿no? El que mueve los hilos de sus personajes y todo eso.

—Sí, puede ser, aunque yo desconfío mucho de esa expresión. En todo caso prefiero pensar que el hilo de las palabras articula más bien al escritor, y que el hilo de la trama es algo secundario, fruto de los oídos bien abiertos, de los ojos que velan una luz, de la boca cerrada que se abre sólo para oír cómo suena y respira un verso, de los dedos que cuentan el número de sílabas y añaden una palabra.

—Pero ¿cómo explicas la creación?

—Me conformaría con pensar que, así como alguien mantiene un punto débil y no escribe, otro mantiene un punto ciego y escribe. Lo cierto es que mi juicio no tiene que ver con lo que yo hago, sino con consideraciones generales. En este sentido sólo puedo decir que la noción del poeta como creador me parece absurda: un dios que no sabría con precisión en qué consiste lo que hace, un demiurgo. A la figura del demiurgo yo opondría la mutación. En un capítulo Chuang-Tsu dice: "Confucio tenía sesenta años y había cambiado ya sesenta veces". Se refería a su modo de pensar. Ante esta aparente inconsistencia del filósofo yo digo: qué consistencia, qué persistencia en el pensar, qué perseverancia en el cambio.

—No tenía de una vez todos sus hilos en la mano, iba dando hilo.



Lucian Freud, *Escritor*, 1955.

—A propósito, hay algo que recuerdo con especial admiración del teatro de marionetas. Cuando terminaba la obra, con los aplausos, a veces aparecían los titiriteros, en un violento cambio de dimensiones, cargando suspendidos en las manos a sus títeres, agradeciendo al público en una revelación más bien cruel, como si ostentaran casi sin querer sus grandes cuerpos de hombres por arriba de las criaturas de madera. Entiendo lo que puede significar un creador. En el teatro de marionetas se produce una imagen del mundo que expresa la virtual vinculación del hombre con un orden superior. Los hilos que mueven a las marionetas me recuerdan las influencias de los astros sobre los actos y los destinos de los hombres en una armonía divina, como en esas poleas, hilos, emanaciones y rayos que articulan a ciertos personajes de Remedios Varo. En el teatro, como en el mundo, esos hilos se pierden en lo alto. ¿Quién mueve a los títeres? No es dios quien jala los hilos. Los titiriteros hacen un contraste ejemplar, porque son realmente más humildes que sus muñecos. Verlos aparecer tras la caja es siempre una decepción fascinante.

—Como conocer personalmente a un escritor al que admiras, y que resulta ser un tipo ordinario con algunas manías y obsesiones más acentuadas que el común...

—¿Y te imaginas, después de ese encuentro, que piensa el escritor de su lector? Que es un tipo con algunas manías y obsesiones pronunciadas, también.

—No, no, a lo que me refiero es que el escritor tiene una imagen pública que debe sobrellevar.

—El nombre y el hombre.

—Una imagen que es motivo de sus gozos y pesares. Y yo creo nada menos que es la imagen de un creador que ordena y da cohesión a una obra. La imagen de una conciencia superior que trama, que articula, que especula, pero sobre todo que permanece indisolublemente ligada a lo que escribe. Como dios crea al cosmos, él crea un universo narrativo, poético o dramático.

—Y entonces el escritor se ve al espejo una mañana antes de darse un regaderazo, y se pregunta: ¿eso soy yo?, ¿un principio superior?

—Bueno, te aseguro que si ve su foto en la contraportada de un libro sí dice: ése soy yo.

—Pero de lo que me estás hablando es

de una imagen sometida al lenguaje, una imagen que no precisa de la foto del autor; me hablas de una imagen sometida al nombre, y por lo tanto fantasmática.

—Sí así quieres verla, pero es enormemente influyente.

—Ese nombre de autor me parece a mí un rótulo de tintorería, uno de esos nombres que hay que esquivar a la hora de escribir.

—Y no obstante, al terminar el poema tú lo firmas con tu nombre, ¿cierto?

—Creo que en el momento de escribir el poeta debería ser anónimo. Si no, lo oírás repetirse, releerse, representarse. El nombre comienza a pesarle. Como decía un fauno, hay que ceder la iniciativa a las palabras: es el poema el que debe hablar en primera instancia, y uno borrarse. El poema no le pertenece a la firma: en todo caso, la firma es su procedencia, su lugar de aparición.

—Perdóname, pero como tu lector yo espero que el poema sea tuyo: el valor que le doy al autor no es el de partero, ni creo que la poesía venga de los ríos profundos y salga a la superficie en determinados manantiales. A mí me interesa el testimonio de un hombre, y es lo que reconozco en tu autoría.

—No te lo discuto. Sólo te pongo sobre aviso: eso puede hacerme daño; mi nombre puede llevarme a dejar de escribir, o a algo peor: a escribir mi imagen.

—Pero ¿no es eso lo que hace todo escritor a fin de cuentas?

—¿Escribir su nombre? Yo respiro tranquilizado siempre que leo un estu-

dio crítico en el que se citan las palabras de un autor como testimonio de su pensamiento, de sus actitudes, de su vida, de su poética, en fin, palabras que han sido dichas en el contexto que sea, en un poema o en una entrevista. La literatura sigue existiendo a pesar de esa gran equivocación de endilgarle un nombre a las palabras. Creo por lo demás que, en el fondo, el comentario es la condición para que la literatura subsista. Para eso sirve la firma. El nombre, más que defender una propiedad intelectual, evita que se haga el comentario, la censura, la adición, el cercenamiento, la reescritura sobre el propio texto. Creer que la imagen del artista se ampara en las obras que llevan su nombre ha salvado al arte, y lo conserva en algunos casos intacto.

—Eso que dices es de una enorme arrogancia. No me digas que es posible deshacerse de la propia imagen.

—Insisto, es posible en el momento de escribir, e incluso al escribir sobre uno mismo.

—Pero eso es una contradicción.

—No, si es una perseverancia en el cambio.

—Pero a la larga eso puede conducirte a la purga de ideas, al arrepentimiento obligatorio, a la retractación.

—Para acudir a otra imagen teatral, cuando el día del estreno el público pide: "¡Autor, autor! ¿Que salga el autor!", y el autor sale, ¿de dónde viene?, ¿en dónde estaba? Frecuentemente habrá asistido a la sala como espectador. Eso es lo importante. □

Me gustan varias cosas de Steiner. Por ejemplo, su cultura. Quiero decir: su capacidad de cultivar lo anoticiado, sin dejarlo caer al cementerio de las fichas. Culto es el labrador de sus saberes, quien sabe arquitecturarlos como un arquitecto, modular a tonalidades lejanas, como un músico. Y de estas modulaciones hay mucho en *Presencias reales*.

Pero también admiro en Steiner su facultad para indignar profesores. Gente especializada que acota su conocimiento a fuerza de decir "eso lo ignora". Especializarse es no querer enterarse. No decir "aún no lo sé", sino "habré de ignorarlo siempre".

Steiner insiste en sus *presencias reales* porque siente que nuestro mundo, posmoderno y aquejado por el éxtasis de lo hiperreal, ha perdido contacto con lo original, lo primario. Recibimos discursos derivados de unas cosas con las que no tenemos conexión. Aún más: el periodismo, medio por excelencia de nuestro tiempo, se ocupa de esos absurdos objetos que se caracterizan por ser sólo diarios, durar un día sin ayer ni mañana.

El cuadro de situaciones me parece correcto, pero razono que los hombres nunca hemos tenido, salvo en un perdidísimo Paraíso, contacto original ni primario con nada. Somos históricos, venimos de antes, nuestra aproximación a la realidad está ineluctablemente mediada por algún discurso. Que nuestra época sea especialmente discursiva, mediadora, glosaria, es sólo un problema de cantidad.

Llevada a la altura de una "filosofía", esta ausencia primordial se llama, hoy, desconstrucción. En la historia todo lo dicho tiene un carácter definitivo, pero puede desdecirse: no hay un Decir fundacional, fundamental, decir del origen. Por ello, toda lectura es tan mala como creativa. La desconstrucción es, llevado a su extremo nihilista, el discurso liberal, múltiple de incertidumbres, opuesto a la teología, tentada por "los viejos y crueles demonios del dogma".

Steiner intenta una vía conciliadora entre ambos extremos, que se me ocurre denominar "dialéctica de la lectura y el sentido". Leer, como todo acto humano, es algo ético y, privilegiadamente, un acto libre. No hay, enfrente, lenguaje que no se postule como trascendente, como yendo siempre más allá de sí mismo; ni lenguaje que no postule una presencia fuera de sí y una o varias

Carta de Madrid Junto a Steiner

Bias Matamoros

Simposio de críticos y teóricos de la literatura en Granada. Como siempre, lo más jugoso ocurre en los pasillos: chismes, o sea relatos míticos, de cátedra y de cama. Varios profesores, orillando la indignación, me hablan del último libro de Georg Steiner, *Presencias reales*, que también

estoy leyendo. La traducción de Enrique Lynch, incisiva y pregnante, queda fuera de discusión. Lo mismo, la nueva colección de ensayos de Destino, la casa barcelonesa. Bienvenida sea esta novedad, en un tiempo que ensaya tan poco y con tan escasa libertad de tentativa.

significaciones. No son invariables estas significaciones, ni dejan de aceptar la zona de lo indescribible, pero significan siempre. Si no hay Sentido Final tampoco hay Sinsentido. Y entre ambas fronteras, ideales pero infranqueables, se mueve la dialéctica de la razón, eso que llamamos historia. Sus certezas no vienen del lenguaje, nos dice Steiner, sino, románticamente, de la música, esa teología para incrédulos. La historia tiene una lógica musical, es esa aritmética que se ignora, como definía Leibniz. Lacan dice que, según Freud, así opera el inconsciente, estructurado como un lenguaje. ¿No será la música lo mismo que el inconsciente y viceversa, ya que también ella está estructurada como un lenguaje, aunque no lo es?

La música es ese modelo de signos plenos y gestuales, inmediatos e inescindibles, irreductibles a la razón pero no por ello irracionales que, en definitiva, constituyen la fantasía del significado. El cuerpo, el afecto, son, en este sentido, musicales. Por eso, tal vez, los discursos sobre la música sean notoriamente deficientes. Hablar de música es como coquear con la palabra, describe Steiner. Me permito corregir: a veces, es bailar. Tal vez porque "la mejor parte de humanidad dentro de nosotros guarda silencio". Agregó: cuando no canta, gestualiza o ama, produciendo un objeto que se incorpora al mundo.

Yendo al final de la partitura, la música tiene la plenitud semántica pero inefable de la muerte. Si la vida es tensión armónica, la muerte es cadencia y resolución tonal. Y autorreferencia. La vida se refiere a la diversidad de objetos del mundo, en tanto la muerte apenas se refiere a sí misma. Cuando cantan las sirenas, el hombre puramente racional, Ulises, se ata al mástil de su nave para resistir al mortal encanto que le ofrecen. Bien, pero, querido Ulises ¿habría orden y deseo en un mundo sin música?

Con ello volvemos a la propuesta del comienzo: la realidad de la presencia que invocan las palabras. La modernidad se basó en una suerte de "teología del sentido". Allí estaba Dios, garante de la Realidad de lo real y del sentido de lo existente. Pero, quitado Dios ¿quién nos asegura la una y el otro? Dios ha muerto y el lenguaje se sigue refiriendo a sus seguridades, a sus divinas certezas, que son divina ausencia, vacuidad infinita. La modernidad se gestó porque la gra-

mática apostaba a favor de Dios y ello la habilitaba a vivir y generar mundos. Más, inhumado Dios, se rompe la alianza, la mutua confianza entre las palabras y las cosas, el Logos y el Cosmos. Ya no hay teorías ni ciencias del sentido ni del significado. Sólo queda el arte, ese intento (sic Steiner) de maximalizar lo incommensurable del lenguaje. A la explicación suceden la narración, la puesta en escena y el mito. Y, más al fondo, muerto Dios, el lenguaje se queda sin referente último, sin "afuera".

Aquí me pongo a un costado. Sí, Dios garantizaba lo que garantizó, pero ¿qué lenguaje puede referirse a Él, infinito, eterno, mudo y anónimo? La plegaria, posiblemente, pero ¿con qué garantía de ser el vehículo adecuado? En otro sentido: ¿hay algún lenguaje que carezca, efectivamente, de referencia exterior? ¿Y el código de la lengua, y el otro que es invocado, y el cuerpo del que dice y del que escucha?

Lo que viene a sugerirnos Steiner, acaso sin advertirlo con claridad, es que todo lenguaje, téngalo o no, postula unos referentes, significa, invoca un orden y provoca unas verdaderas o falsas seguridades divinas. El lenguaje cree en Dios y se lo inventa, si no es que lo reconoce. Porque es opción ética del hombre, ese animal musical, y ejercicio de libertad práctica en el mundo.

De ahí parten dos grandes modelos de lectura, que podríamos ejemplificar con incontables casos puntuales, pero que Steiner extrae de las tradiciones judías: la Cábala y el Talmud. La primera cree en la verdad del texto, que es inefable y se produce por revelación. El otro, en cambio, advierte que interpretar un texto es generar otro texto, lo cual hace de la lectura un discurso infinito, que asegura su pervivencia. La falta de final es un truco contra la extinción mortal. La hermética de lo canónico y correcto, y la dialéctica de la lectura: la producción de sentido por parte del lector, que conforma la obra al descifrarla. Hay fondo y toda lectura remite a la ortodoxia, o no hay fondo, y toda lectura es heterodoxia. Pero, por paradoja, la Cábala ha generado más heterodoxia que el Talmud, ya que sus iluminaciones (opuestas a la comprensión) resultan, de hecho, fenómenos individuales, intentos del sujeto por desujetarse de la norma. Interpretar infinitamente es, por fin, valga la paradoja, asegurar la preservación del

presente continuo, no pasar, no devenir pasado. Hermes, dios de la hermenéutica, no hace falta decirlo, es la divinidad de la lectura modélica y los significados inmortales. ¿Será este el dios que hoy nos falta? ¿Será hermética, por ello mismo, toda hermenéutica? Esto explicaría la sugestión steineriana de que la música es acceso a la metafísica.

Me gusta, especialmente, la constancia de Steiner respecto a su concepción de la crítica: un discurso que puede persuadir pero nunca demostrar. Seducir, pero no ser refutada ni sustituida. Es algo amoroso, porque el ser amado también reúne estas cualidades. Y esto, para muchos profesores, es una indecencia. Porque el lugar donde el sentido, musicalmente articulado, se pone en escena, es el cuerpo. Y la letra no tiene carne ni hueso en la taxidermia profesoral.

El discurso crítico es, pues, anárquico y ubicuo. Prefiero precisar: indeterminado. No va al encuentro de un sentido preexistente ni proviene de esquemas científicos de probada corrección. Admite lo enigmático de todo texto, en tanto el enigma es el misterio en clave de parodia. Por eso siempre se encuentra con otro texto, con otra voz, con la otredad: "la otredad que entra en nosotros nos hace otros". Entre el uno y el otro, los dos supuestos de la soledad que enmarca la lectura, se establece un diálogo. Esto, una vez más, hace de la lectura un ejercicio dialéctico, articulado en el dialecto del momento y en la lengua de la historia. Hay más anécdotas: tal vez lo preconsciente que se hace consciente y genera un reconocimiento de la cosa, como en las reminiscencias platónicas o en el acto por el cual el deseo se identifica, o sea que reconoce lo deseable: esto lo sé porque lo supe, lo conozco porque lo reconozco. Hay, también, un fugaz eclipse del yo, el perderse del sujeto en el goce de la lectura, como quería, a veces, Roland Barthes. Algo parecido al éxtasis y al síncope. Fórmulas de la otredad, finalmente. Siempre hacen falta dos para que uno esté solo y hacen falta dos libertades para que exista una libertad. Es entonces cuando sentimos que nuestra casa es una posada y nuestra vida propia ha sido otorgada en alquiler y no en propiedad. Pero que, al mismo tiempo, en la incertidumbre de la historia, el mundo es nuestro si lo entretejemos con signos. Y hasta le podemos dar orden. Y hasta dioses. □

El fracaso de la perestroika y el futuro

Isabel Turrent

1987: EL AÑO CLAVE

Nadie ha explicado mejor la razón fundamental del fracaso de la perestroika y de su propia caída que Mijail Gorbachov. En junio de 1991, cuando recibió el premio Nobel de la paz, gran parte de su discurso tuvo el sabor de una reflexión ominosa y justificatoria. Eran las palabras de un líder que perdía aceleradamente el poder y sabía por qué. "La vida", dijo, "es mucho más rica y compleja que los más sofisticados planes para mejorarla. Al final ejerce una venganza cruel cuando se le impone un programa, aun con la mejor de las intenciones."

En otras ocasiones había señalado un último factor que ayudó a los arquitectos de la "venganza": sus propios errores. A la distancia, es claro que el principio del fin de la perestroika se inició mucho tiempo antes de la caída de Gorbachov: a fines de 1987. Ese año fue clave. En enero, el líder soviético hizo su famoso llamado para llenar las páginas en blanco de la historia soviética. La resistencia al cambio económico había entorpecido el avance de la perestroika por dos largos años y Gorbachov decidió apelar al pueblo por encima de la burocracia del partido y del Estado para que trabajara según las nuevas reglas. Empezó entonces la liberalización política del sistema autoritario soviético y la transparencia en la literatura y la historia que descubrió la verdad de lo que había vivido la Unión Soviética desde 1917 y enterró para siempre al stalinismo. La liberalización política y cultural se convirtió en el logro más luminoso de Mijail Gorbachov, pero no impulsó la reforma económica.

Para fines de 1987 se había establecido la meta fundamental de la reforma —modernizar la economía— y las leyes

que debían ser el canal de la transición: se legalizó la actividad privada en diversas ramas de la economía; se trazaron planes para establecer un sistema bancario moderno y una reforma financiera; se adoptó la ley de las empresas que autorizaba el intercambio de insumos y productos elaborados según la demanda y no las órdenes superiores de los organismos de planificación; se aprobó una ley agraria para la formación de brigadas de trabajo en el campo y la libre comercialización de los productos agrícolas y una nueva legislación que abriría al país a la competencia internacional. Sin embargo, para que estos mecanismos legales fueran eficientes se requería: 1) aplicar una reforma global de los precios y 2) dismantlar el poder de la inmensa burocracia central, que insistía en mantener el control sobre todo el aparato económico. El fracaso de la primera condición es responsabilidad de Gorbachov. En octubre de 1987, anunció la reforma del sistema de precios. El pueblo soviético, acostumbrado a los subsidios y a la seguridad más que al riesgo, reaccionó con desconcierto y compras de pánico en todo el territorio del país. El líder soviético cometió entonces un error fundamental: para evitar la inestabilidad social, postergó la reforma de los precios indefinidamente.

Desmantelar la burocracia resultó imposible: no había una clase política reformista ni administrativa que sustituyera a los burócratas gubernamentales y partidistas. Ellos eran el único instrumento con que contaba Gorbachov para aplicar la reforma, pero en lugar de convertirse en los transmisores de la perestroika, los burócratas presentaron una resistencia inesperada. El soviólogo norteamericano Seweryn Bialer describió el fenómeno mejor que nadie.

Gorbachov —explicó— esperaba una resistencia sólida que pudiera ser derribada con golpes decisivos, pero se topó con una resistencia esponjosa e inasible. El resultado fue que, a pesar de que el gobierno dismantló parte de los mecanismos de control burocrático sobre la economía, los planificadores y administradores retuvieron hasta agosto de 1991 el poder suficiente para entorpecer la aplicación efectiva de la perestroika. Las órdenes gubernamentales no se cumplían o se obedecían a medias. Como muestra basta un botón. Una proporción menor pero no desdeñable de campesinos (11 millones) aceptó el reto de trabajar en brigadas durante 1986. A pesar de todos sus esfuerzos, el experimento fue un fracaso: la burocracia se las arregló para que los granos, materiales y equipo que necesitaban los agricultores no fueran provistos a tiempo, fueran de muy baja calidad y los campesinos de las cooperativas recibieron su pago con tal retraso que muchos decidieron abandonar el sistema propuesto por el gobierno.

Era el momento de actuar con decisión, reformar el sistema de precios y dismantlar el poder burocrático. Sin embargo, Gorbachov siempre había hecho depender su carrera política de su habilidad para conciliar intereses opuestos, y su propia posición con la línea política predominante. Su habilidad como conciliador lo llevó al poder en 1985 y creó las condiciones para su caída en 1991. En el año clave de 1987 su fe en el compromiso le impidió radicalizar la perestroika y lo llevó a cometer un error más: para evitar la polarización política dentro del Partido Comunista, expulsó a Boris Yeltsin del Politburó. Yeltsin había atacado a los conservadores y pedido a Gorbachov la aceleración de la reforma. Su salida del gobierno daría en unos meses a los reformadores radicales un líder con la capacidad de sustituir a Gorbachov. A mediados de 1990 fue electo presidente de la República por una mayoría del voto popular. Automáticamente, Mijail Gorbachov se convirtió en un presidente que sólo podía gobernar la periferia del país y que tenía un poder disminuido por la falta de legitimidad electoral y por la amenaza de desintegración de la Unión Soviética.

EL IMPACTO DEL NACIONALISMO

Nadie pudo prever el resurgimiento del

nacionalismo de cada uno de los pueblos que conformaron hasta hace unos días la Unión Soviética. Muchos sabían que Letonia, Lituania y Estonia abrigaban la esperanza de recuperar el status de países independientes, otros pocos profetizaron, inspirados en la fuerza del fundamentalismo islámico en Irán, que la chispa que desmoronaría al imperio soviético provendría de las repúblicas islámicas —y se equivocaron. Pero nadie pudo imaginar que el nacionalismo ucraniano renacería de sus cenizas con el vigor que tiene actualmente.

Paradójicamente, el impulso primero al nacionalismo provino de la propia reforma de Gorbachov. El gobierno permitió la libre expresión de las culturas nacionales y, posteriormente, de sus demandas de soberanía e independencia. Además la crisis económica y el nacionalismo se reforzaron mutuamente: la amenaza de desintegración del país hundió a Gorbachov en un laberinto de problemas políticos que le impidieron avanzar en la reforma económica. La crisis provocada por el desmantelamiento de porciones del viejo sistema y la imposibilidad para el gobierno de aplicar una reforma radical, convencieron a su vez a las repúblicas de la necesidad de separarse de la URSS y proteger a sus propios consumidores del derrumbe económico: erigieron barreras arancelarias y se negaron a abastecerse unas a otras. Estas políticas colocaron pronto a la Unión Soviética al borde del desesperado económico. El nacionalismo resultó en efecto mucho más "rico y complejo" de lo que Gorbachov había podido imaginar; llenó el inmenso ámbito de libertad que había abierto su programa y creó un vacío de poder que ocuparon muy pronto diversos Yeltsins locales.

Por último, Mijaíl Gorbachov acabó por representar, paradójicamente, al sistema que había destruido. El nacionalismo se alimenta siempre de enemigos. Juega en este sentido en contra de los valores democráticos que buscan el compromiso y la conciliación entre opuestos: el nacionalismo excluye, no concede, y en sus extremos, elimina a quien no lo comparte. En Ucrania y en Rusia, el "centro" —eufemismo con que acabó denominándose a Gorbachov en los últimos meses de su gobierno— se convirtió en el enemigo y la lucha contra el poder central —racional o no— en una de las banderas populistas que acrecentaron la

popularidad de Boris Yeltsin y del presidente de Ucrania, Leonid Kravchuk. Ambos identificaron a Gorbachov con el sistema comunista y el dominio imperial que él mismo socavó y condenaron al fracaso al Nuevo Tratado de la Unión. Al renunciar a la Secretaría General del PCUS, el presidente perdió la única base de apoyo que conservaba y selló el destino de la Unión Soviética.

EL INICIO DE UNA NUEVA ERA

De los escombros de la URSS nació días antes de la renuncia de Gorbachov la Comunidad de Estados Independientes (CEI). El eje de la nueva organización fue la firma en Minsk de un acuerdo inicial entre las tres repúblicas eslavas de la ex Unión Soviética: Rusia, Ucrania y Bielorrusia. La CEI incluye ahora 11 de esas repúblicas y probablemente contará pronto entre sus filas a Georgia, donde el presidente Gamsajurdia acaba de ser derrocado. El cemento de la CEI fue desde su inicio la necesidad de reestablecer el intercambio económico entre las nuevas naciones. A pesar de que varias de ellas son naciones viables —la inmensa Rusia, Ucrania y Kazajistán, por ejemplo— el derrumbe del comunismo no rompió los estrechos lazos de dependencia económica que las han unido desde los treinta. Aun las tres naciones más grandes de la Comunidad necesitan los productos del resto: Kazajistán necesita la maquinaria rusa, Rusia el trigo ucraniano, y Ucrania el petróleo ruso.

Reestablecer el comercio no será muy difícil. Coordinar mínimamente las diversas políticas económicas de las naciones de la CEI para que transiten juntas al mercado y cumplan sus mutuos compromisos de intercambio con celeridad, será infinitamente más complicado. Es casi imposible, para empezar, que una comunidad económica en crisis funcione con eficiencia sin un centro coordinador. El ejemplo de la Comunidad Económica Europea es importante como contraste. Las regulaciones comunitarias han requerido de la existencia de la burocracia central de Bruselas. La presencia de un presidente de la comisión de la CEE dinámico e imaginativo como, por ejemplo, Jacques Delors, ha implicado casi siempre avances para la Comunidad Europea: es generalmente el presidente el que elabora los nuevos proyectos e impulsa a los países a adoptarlos

—aunque no siempre con buena fortuna—. Las demandas independentistas y la larga lucha contra el "centro" en lo que fue la URSS impiden que la CEI reestablezca un centro coordinador a mediano plazo. Mientras tanto, las incógnitas son innumerables: ¿habrá una moneda común y un banco central que organice la política monetaria de la CEI?, ¿quién y cómo regulará —if any— el libre tránsito de personas y mercancías en la Comunidad?, ¿quién decidirá qué sectores económicos en cada república deberán protegerse? Y más allá de la economía, ¿quién definirá qué fuerzas armadas son estratégicas y cuáles no?, ¿cómo se dividirán esas fuerzas? (¿tiene, por ejemplo, derecho el gobierno ucraniano a apoderarse de la flota soviética estacionada en sus costas y obligar, como intentó, a los marinos a jurar lealtad a Kiev?).

Y todo ello en medio de un experimento sin precedentes: la más inmensa reforma económica que se haya intentado en la historia, la transición al mercado del grandísimo territorio que fue hasta el 25 de diciembre de 1991 la Unión Soviética. Una reforma económica cuyo éxito no está garantizado ni siquiera dentro de las fronteras de cada una de las naciones de la CEI. Basta tomar como ejemplo a Rusia. Ni el más generoso programa de ayuda externa financiará los montos de inversión que requiere la república rusa para modernizar su economía: la planta industrial es en gran parte obsoleta, la producción de hidrocarburos se ha desplomado, es indispensable privatizar la economía, pero ¿quién querrá comprar monstruos industriales como Uralmash?, la red de transportes es ruinosa; el sistema de abastecimiento, inexistente; el sector servicios, antediluviano, y la conversión del inmenso sector militar en una industria civil, carísima. Incluso la reforma del sistema de precios que entró en vigor el dos de enero es extemporánea: ¿cuáles serán las industrias que se sientan estimuladas para aumentar su producción?, ¿no hubiera sido preferible privatizar y luego liberalizar los precios?, ¿reaccionará finalmente el campesinado y empezará a producir con niveles comparables a los del mundo industrial de Occidente? Nadie tiene las respuestas pero, a fin de cuentas, casi todo depende del pueblo y del apoyo que esté dispuesto a otorgarle a la generación

de políticos camaleónicos —demócratas y nacionalistas repentinos como Kravchuk— cuyo destino, como el de Gorbachov, es ser líderes de transición.

Lo que es ahora imposible saber es precisamente adónde se dirigirá ese proceso de transición en el futuro. □

La escena política 1991: Balance político

Jaime Sánchez Susarrey

1988, año del reclamo democrático, 1989, inicio de la transición: julio, reconocimiento del primer gobernador de oposición en Baja California; octubre, reforma política con el consenso del PAN. 1990, julio: todos los partidos, salvo el PRD, aprueban el nuevo código electoral. 1991: elección federal, primera prueba del Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales (COFIDE); y siete elecciones para gobernadores, entre las cuales dos muy competidas. Nadie dudaba que los sucesos políticos del año pasado tenían una importancia capital para la transición. Era el momento en que los pactos políticos debían confirmarse o romperse.

¿Cuál es el balance de 1991? ¿Cómo va la transición democrática? Pero, ¿estamos de verdad inmersos en una transición? Vale adelantar que 1991 no fue, como algunos esperaban, la última estación del proceso iniciado en 1989, ni tampoco el momento de ruptura que otros deseaban. Entre esos dos extremos, el balance presenta claroscuros que dejan enseñanzas y tareas pendientes. La evaluación debe hacerse desde varias perspectivas: la de los ciudadanos y su comportamiento; la de los actores políticos involucrados; y la de la elección federal *vis-a-vis* las elecciones locales.

En el plano federal, la opción de los electores no deja lugar a dudas: votaron en su gran mayoría por los partidos de la concertación, su sufragio transformó al autonómado partido del 6 de julio (30% de la votación) en el partido del 18 de agosto (8% de la votación). De 1988 a 1991 el escenario político estuvo do-

minado por dos estrategias: la de la transformación gradual (PAN y PRI) y la del enfrentamiento radical (PRD). El neocardenismo, que creía encarnar la verdadera mayoría nacional, ha regresado a los niveles históricos de los partidos de izquierda: antes del 6 de julio ningún partido de tendencia socialista había conseguido una votación superior al 10%.

Desde la perspectiva de los programas de gobierno el saldo no es menos notable. La coincidencia del PRI y el PAN en una serie de puntos es evidente. Las reformas constitucionales para privatizar la banca, modernizar el campo y reconocer la personalidad jurídica de las iglesias han sido el efecto de esa convergencia. Decir convergencia no quiere decir identidad: los programas y las plataformas ideológicas no son iguales. Sin embargo, la reforma del Estado que ha postulado el gobierno de la República tiene su aliado más cercano en Acción Nacional. Por eso se puede afirmar que los votos del 18 de agosto por el PRI y el PAN (80%) fueron por la concertación y por la continuación de las reformas. Los ciudadanos rechazaron la línea contestataria y el inmovilismo.

Otro elemento notable fue la alta tasa de participación en unas elecciones intermedias. Como en 1988, los ciudadanos optaron por el cambio mediante el ejercicio del voto. El 18 de agosto confirmó la existencia de una nueva cultura política.

Sin embargo, inmediatamente después de las elecciones, las relaciones entre el gobierno de la República y Acción Nacional se deterioraron notablemente.

Se puede incluso suponer que estuvieron a punto de romperse. El 29 de agosto Fernández de Cevallos declaró: "si entra Ramón Aguirre al gobierno, ustedes sabrán de Acción Nacional" (*El Nacional*, 30/VIII/91). Pero más allá de cualquier suposición, no cabe duda que en los días posteriores a la elección federal las negociaciones alcanzaron su punto más bajo en lo que va del sexenio. El consejo nacional de Acción Nacional fijó su postura en términos particularmente duros, denunció el "incumplimiento de la oferta de un acuerdo nacional por la ampliación de la vida democrática hecha por el Ejecutivo federal el 1° de diciembre de 1988" (*Proceso* 776, 8/IX/91). Vale señalar que la declaración de Acción Nacional se produjo después de que el 29 de agosto Ramón Aguirre había renunciado a tomar posesión como gobernador de Guanajuato; y de que el congreso de ese estado designó gobernador interino al panista Medina Plascencia.

Casi mes y medio después, el 9 de octubre, vino la renuncia de Fausto Zapata al gobierno de San Luis Potosí. Paulatinamente las aguas volvieron a su cauce. El 18 de octubre el Comité Ejecutivo Nacional del PAN lanzó una propuesta para un Consenso Nacional por la Democracia para la Justicia, en la Libertad. El Presidente de la República aludió implícitamente a esa propuesta en su tercer Informe de gobierno: "Respondamos todos a un diálogo nacional para que, con franqueza y buena fe, encontremos juntos el camino de la concertación para afrontar los grandes retos nacionales" (CGS, III Informe de Gobierno).

El proceso abierto el 18 de agosto culminó el primero de diciembre: las elecciones en Guanajuato y San Luis Potosí no estuvieron exentas de quejas de una parte y otra. Sin embargo, en los dos estados se registraron avances de la oposición y se solucionaron —casi en su totalidad— las inconformidades de la oposición; los comicios despejaron el camino para las reformas electorales a que se comprometieron los gobernadores interinos. Para medir el avance que eso significa basta imaginar cuál habría sido la situación si las elecciones se hubieran celebrado en el ambiente de conflicto y tensión posteriores al 18 de agosto.

LOS ACTORES Y SUS EXPECTATIVAS

Prueba de fuego del nuevo código elec-

toral y del pacto político entre la mayoría y la oposición, las elecciones del 18 de agosto tenían una importancia capital para el Presidente de la República. Hasta qué punto estaba dispuesto a llegar para mantener el diálogo con la oposición lo demostraron las renunciaciones de Aguirre y Zapata. ¿Por qué, pues, se generaron tantas tensiones y malentendidos? ¿Cómo explicar, por otra parte, la declaración del PAN después de que un congreso dominado por priistas había nombrado un gobernador interino panista?

Ante los comicios de la mitad del sexenio el gobierno de la República se propuso dos objetivos: avanzar en la legitimidad electoral y obtener una mayoría que le permitiera reformar holgadamente la Constitución. El 10 de junio en Nueva York, el presidente del PRI pronosticó que su partido obtendría entre el 60 y el 65% de la votación (*La Jornada*, 11/VII/91). Su predicción se basaba en las tendencias que se habían observado entre finales de 1988 y 1991. Pero era además la expresión de una estrategia: ganar la mayoría compuesta en la Cámara para consumir la reforma del estado. El retraso de las reformas de los artículos 3º, 27 y 130 no se puede explicar más que por una razón: el Presidente no tenía la certeza de contar con el apoyo necesario. No dudaba de los diputados panistas, sino de los priistas. De ahí el imperativo de obtener una mayoría compuesta (o casi) en la Cámara baja. En ese sentido, más que un propósito restaurador, el objetivo fue disponer de los medios para completar la reforma.

El gobierno calculó que el nuevo código electoral y la reforma del PRI le permitían recuperar sus niveles históricos de votación mediante unas elecciones creíbles y legítimas. Eso había sucedido en las elecciones del 7 de julio en Nuevo León: la oposición reconoció su derrota sin cuestionar la legitimidad del proceso. Aunque no era la primera vez que se ponía en marcha, durante esa elección se hizo evidente que el PRI había montado una maquinaria que le permitía movilizar a sus simpatizantes. La ingeniería electoral ("operación tamal") consiste en identificar a los simpatizantes, comprometer su voto y movilizarlos el día de la elección, organizando un desayuno o comida antes o después de la votación. (Para el caso de Nuevo León algunos analistas manejaron cifras descomunales: 500 mil desayunos o comidas).

A juzgar por la evidencia disponible, la elección federal del 18 de agosto siguió en lo esencial el patrón de Nuevo León. La maquinaria electoral movilizó a los votantes durante la jornada electoral. Eso no excluye las irregularidades, pero no hay evidencia de que hayan sido verdaderamente relevantes. En el análisis que se presentó al consejo nacional del PAN se asienta lo siguiente: "El embudo de la exclusión de ciudadanos *pudo haber sido* (el subrayado es mío) determinante en los resultados sobre todo en las secciones y distritos más competidos. Sin embargo, la evidencia hasta ahora analizada indica que la *ingeniería electoral* existió más para aumentar la votación del partido oficial que para impedir el voto de los opositores" (*La Jornada*, 13/IX/91). Este señalamiento es importante porque los primeros alegatos de la oposición se concentraron en el "fraude hormiga" que habría consistido en rasurar el padrón, no entregar credenciales y depurar las listas en las casillas para evitar que los ciudadanos votaran por los partidos opositores.

Para explicar el conflicto postelectoral hay que tener en cuenta los siguientes tres factores: 1) la incorrecta evaluación del comportamiento de la contraparte; 2) el contexto institucional; 3) la incertidumbre característica de cualquier proceso de transición.

Después de la madrugada del 7 de julio de 1988 en que Salinas de Gortari anunció el fin del partido casi único, la oposición panista entendió que el gobierno no sólo renunciaba al fraude, sino que renunciaba a buscar una mayoría compuesta. La convicción de la oposición se basaba en el discurso presidencial y en la tesis de que la democracia implica pluralismo. A ese valor, que ella suponía entendido e implícitamente convenido, añadió una certeza: que existía una relación directa entre la tasa de participación y el pluralismo. Es decir, a mayor participación mayor votación absoluta y relativa por la oposición. Por eso, una participación de más del 60% y una votación favorable al PRI en un porcentaje similar le debió parecer la mejor evidencia de que el 18 de agosto se había consumado un enorme fraude. Consecuentemente, los panistas se sintieron indignados y traicionados. Ese sentimiento es el que explica, además de las presiones de los opositores en el interior del PAN, la virulencia con que la

resolución del consejo nacional panista condenó al Ejecutivo federal.

El 10 de agosto y las tensiones posteriores pusieron en evidencia algo que ya sabíamos. Los avances más importantes en el plano de la limpieza y de la legislación electoral han sido federales, mientras que los avances en la alternancia en el poder son locales. Así fue desde el inicio: la reforma electoral fue precedida por el triunfo de la oposición en Baja California; si no se hubiera reconocido ese triunfo, la reforma jamás se habría realizado. El esquema se repitió, pero a la inversa: un proceso federal relativamente limpio fue radicalmente cuestionado por inconformidades ante las irregularidades en unas elecciones locales.

Ahora bien, lo que sucedió en Guanajuato y San Luis Potosí fue mucho más que un error de cálculo del gobierno de la República. Las relaciones entre los poderes estatales y el federal son complejas. No hay duda de que en situaciones extremas el poder federal puede intervenir y decidir por encima de cualquier fuerza regional. Pero eso no significa que esas fuerzas sigan verticalmente las orientaciones federales. Esa tensión entre lo federal y lo estatal ha estado y seguirá estando presente en todos los procesos políticos; el futuro de la transición dependerá de su correcta articulación.

Toda transición hacia la democracia es incierta porque obliga a crear nuevas identidades y nuevas reglas del juego. Las reglas del juego democrático tienen una dimensión legal y otra, que sin ser ilegal, está más allá de la legalidad. Esta dimensión está constituida por las prácticas y los valores de los actores políticos. La frontera entre uno y otro campo la fijan, en buena medida, los mismos actores políticos mediante la negociación. La dificultad reside en que una nueva legislación electoral no se acompaña necesariamente de acuerdos en el ámbito que está más allá de la legalidad. Más aún: los avances en la legalidad pueden volver evidentes los desacuerdos que existen en otras cuestiones. El 18 de agosto mostró que, pese a que el COFIPE tenía insuficiencias, el verdadero reto de unas elecciones más democráticas se había desplazado hacia otro campo. ¿Cuál? el que se refiere a la igualdad de oportunidades en la lucha política: la cuestión de los recursos económicos, la apertura de los medios electrónicos de comunicación y, por supuesto, la clara

separación del PRI del gobierno y del Estado. El COPIPE hizo visible una zona de negociación que antes no se percibía; o cuando menos no con tal intensidad. El malestar de la oposición fue el efecto de ese reconocimiento. Su denuncia de un "fraude hormiga" —nunca documentado— parece haber sido la expresión de su inconformidad con procedimientos como el Pronasol y el abuso de los recursos económicos. Lo mismo vale para el "fraude moral" que es un concepto poco claro y que, más que a precisar una acción condenable, alude a un campo que debe ser negociado y eventualmente reglamentado.

UNA TRANSICIÓN QUE SE ACELERA

¿Cuál es el balance final? ¿Qué materias han quedado pendientes? ¿Qué dificultades presentará su negociación? Comencemos por lo esencial: el espíritu de diálogo y de negociación pasó la prueba. El avance en materia electoral entre 1988 y 1991 hubiera sido imposible sin voluntad política y buena fe. En dos ocasiones el PAN creyó en la palabra empeñada del gobierno de la República: aprobó la reforma constitucional porque confió en el compromiso presidencial (la carta de intención) de negociar el contenido del COPIPE; después aceptó que el Presidente propusiera la lista para integrar los máximos organismos electorales, el consejo general y el tribunal. Esa confianza, indispensable en cualquier negociación, se ha salvado. Al menos eso es lo que permiten suponer el llamado del PAN a un diálogo nacional y el contenido del III Informe de gobierno.

Una transición gradual supone de manera natural conflictos y tensiones. La concertación paulatina con las fuerzas de la oposición se acompaña de la voluntad de evitar —hasta donde sea posible— las fisuras y las rupturas en el interior de la élite en el poder. La negociación debe darse en ambos lados. Los puntos críticos son aquellos en que se agudizan las contradicciones y se pueden provocar rupturas. Los riesgos son mayores en el inicio: quienes se oponen al cambio aún no pierden las esperanzas de detenerlo; y quienes lo impulsan deben vencer la incertidumbre de llegar a acuerdos con otras fuerzas. A medida que se avanza en la transición se modifican las expectativas y el comportamiento del conjunto de los actores

políticos. Consecuentemente, bajan las tensiones y se aminoran los riesgos de ruptura. Eso es lo que sucedió el año pasado. Hasta el 18 de agosto los avances en la legislación electoral fueron de orden federal. Ahora, Baja California, San Luis Potosí, Guanajuato e incluso Nuevo León avanzan en ese mismo sentido. Los tiempos locales y federales de la reforma democrática han comenzado a acoplarse. El efecto de demostración sobre otros estados y sobre el comportamiento de los actores políticos locales no tardará en hacerse sentir. Por eso se puede afirmar que los ritmos de la transición se acelerarán.

1991 dejó una serie de tareas pendientes que deberán ser objeto de negociación. El problema fundamental ahora es garantizar una competencia equitativa entre los partidos políticos. La clara separación del PRI, el gobierno y el Estado es indispensable. También es indispensable legislar sobre los recursos de los partidos y sobre las sumas máximas que se pueden gastar en una campaña. Lo mismo vale para la apertura de los medios electrónicos de comunicación; aunque en este aspecto se puede esperar más de la libre competencia, cada vez más indispensable, que de la legislación.

Hay otros puntos, sin embargo, como los "promotores del voto" y el programa de Solidaridad, que serán de más difícil negociación. La condenación de la

ingeniería electoral, de los promotores del voto o de la "operación tamal" se basa en consideraciones morales. El mismo término de "fraude moral" es impreciso, dificulta la discusión y, consecuentemente, las posibilidades de consenso. Deslindar lo moral de lo inmoral no es una tarea fácil. Pero aun cuando lo sea para un individuo o una fuerza política, es necesario reconocer que sus criterios no serán necesariamente compartidos por otros individuos o fuerzas políticas. Para salir de ese terreno pantanoso más vale reglamentar otros aspectos, como la cuestión de los recursos, que son el verdadero fondo de las desigualdades y de los abusos.

El Pronasol es otro punto conflictivo. La oposición está en su derecho de llamar la atención sobre el carácter político del programa. Más allá de la publicidad o de la identificación subliminal del PRI con *Solidaridad*, los efectos son políticos porque el programa depende del Presidente de la República, que es el prísta número uno. Pero el gobierno de la República también está en su derecho de poner en práctica un programa social cuyo éxito nadie discute. Estamos pues ante dos derechos encontrados. Y entre dos derechos encontrados, decía Marx, decide la fuerza. Para fortuna nuestra esas relaciones de fuerza son políticas y seguramente darán pie a la negociación y la concertación. □

Hacia un nuevo sistema político

Luis Rubio

Todos los gobiernos enfrentan severos dilemas: esa es precisamente la naturaleza de la política. La diferencia reside en cómo cada gobierno los enfrenta y resuelve. La administración de Carlos Salinas no ha eludido los dilemas, como se había hecho costumbre entre varios de sus predecesores, y ha adoptado

posturas visionarias que rompen, de una vez por todas, con las ataduras que "el sistema" había creado a través de varias décadas y que acabaron por inmovilizar al país. El siguiente gran reto es el del sistema político.

En el sistema político se conjugan todos los vicios —y las oportunidades—

de un país que por muchos años se mantuvo a la vanguardia del mundo subdesarrollado. México fue de las pocas naciones que mantuvo por varias décadas un crecimiento económico y una estabilidad política, mientras otras naciones padecían golpes de Estado, violencia, hiperinflación y, en general, inestabilidad en el desarrollo social y económico. En México efectivamente se elevó el nivel de vida, año con año, más que en casi cualquier otro país latinoamericano. Pero la propia naturaleza del sistema político que hizo posibles esos avances en el pasado se ha vuelto un problema: ya no promueve, impide; no suma esfuerzos, divide; no impulsa la participación, persigue el control político.

LO QUE HA CAMBIADO

A partir de la década de los treinta el desarrollo del país se apoyó en cuatro factores específicos: el presidencialismo, el partido oficial, un sistema de pesos y contrapesos informales pero muy efectivos y una economía fundamentalmente sana. Uno a uno, estos cuatro factores han hecho crisis. Sólo uno, la economía, ha sido atacado desde su raíz; además, y paradójicamente, el avance de la reforma económica tiende a minar a los otros factores. Por ello el problema político se ha vuelto impostergable y tiene que enfrentarse con la misma visión y diligencia que problemas tan complejos como el del ejido y el de la Iglesia.

El *presidencialismo*, por lo menos desde Obregón, se convirtió en el corazón del sistema político. Ahí se reunían todos los "hilos" del sistema político y desde ahí se coordinaba el partido y la política. El presidente, como líder del partido, tenía una capacidad privilegiada de organizar a la sociedad, promover proyectos y negociar. Como jefe de las fuerzas armadas supervisaba el territorio nacional y podía someter cualquier rebelión. Como jefe de la administración, y en el curso de los años, de un enorme sector paraestatal, podía articular casi cualquier estrategia política y económica. Todo ese poder favoreció el desarrollo del país pero, cuando lo ejercieron presidentes menos visionarios y, sobre todo, irresponsables, acabó por poner en entredicho la posibilidad de continuar con ese desarrollo.

A setenta años del fin de la Revolución, el presidencialismo ha entrado en

crecientes dificultades. La institución presidencial se ha ido debilitando en la medida en que la sociedad ha crecido y se ha desarrollado, el partido ya no representa más que a una minoría, y la legitimidad de las decisiones de un solo hombre, por más que exista un proceso muy intrincado de negociación interna, es cuestionada cada vez más, sobre todo a la luz de las crisis económicas y políticas que se han generado a partir de 1968. Es paradójico que ahora el presidente sea extraordinariamente popular, fuerte y diestro, mientras que la institución presidencial ha quedado debilitada. Se trata, sin embargo, de un fenómeno individual: es Carlos Salinas el que ha construido su propia fortaleza, pero no hay nada que institucionalice a ese nuevo poder social, disperso y desorganizado.

El *partido* nació como la entidad que institucionalizaría al sistema político: se buscaba organizar a las fuerzas políticas que habían nacido y crecido en la justa revolucionaria para convertirlas en una fuerza al servicio del desarrollo: el control a cambio del desarrollo económico. El PNR surgió como la institución representativa y representativa de la sociedad organizada del momento; sus líderes efectivamente podían afirmar que tenían tras de sí el apoyo de la sociedad mexicana. Sesenta años después, el PRI sigue siendo la mayor institución política, pero hoy sólo representa a un segmento cada vez más pequeño de la sociedad, de hecho, a la minoría más grande del país.

El PRI ha perdido su razón original de ser, pues nació para ser el monopolio del poder al servicio de la "familia revolucionaria" y del presidente de la República. Sin embargo, ya ha entrado a la competencia. El PRI y sus predecesores cumplieron su función y sus objetivos de una manera inigualable mientras que los otros partidos eran meros apéndices dentro de un sistema de partido único. En la medida que diversos grupos y sectores, así como organizaciones políticas y partidistas, han logrado competir exitosamente por partes crecientes del electorado, el monopolio priista ha experimentado un deterioro constante y creciente que lo acerca cada vez más a la inmovilidad.

Pero la caída, aunque no estrepitosa, tampoco ha sido totalmente gradual y paulatina: como los monopolios, cuando pierden el control absoluto de su espacio de actividad el PRI empieza a

tambalearse en todos los frentes: la selección de candidatos, la credibilidad de las elecciones, las rebeliones internas, la pérdida de privilegios, etc. El PRI de Baja California ejemplifica el proceso: al cerrarse acceso al poder, a los privilegios y a los ingresos de excepción, desaparece el incentivo para ser priista. Poco a poco va desarticulándose la estructura del partido, sin que se presente, al menos hasta ahora, nada que la substituya.

Si el corazón del sistema residía en el presidencialismo y la estructura corporativa la conformaba el partido, la viabilidad del conjunto era posible porque consistía en debilitar hasta hacer desaparecer: los pesos y contrapesos. Informales y no siempre deseables en términos éticos —pero siempre extraordinariamente efectivos— los pesos y contrapesos que existieron y se desarrollaron desde los treinta evitaban muchos excesos de poder. Dentro del partido, cada sector actuaba como contrapeso de los otros. En la economía, por ejemplo, el Banco de México disfrutaba de una enorme independencia y credibilidad (sólo así se explica la dimensión histórica de un Rodrigo Gómez), el rígido sistema internacional de paridades limitaba toda latitud fiscal y monetaria, los banqueros privados establecían límites a la política fiscal. Formales o informales, los contrapesos existían.

Ciertamente habría sido preferible contar con una estructura constitucional que confiriera derechos y obligaciones a los individuos y al gobierno, así como con una estructura judicial que hiciera efectivo su cumplimiento pero, a falta de ambas, los pesos y contrapesos que existieron fueron extraordinariamente importantes en el desarrollo postrevolucionario del país. Pero poco a poco se fueron desgastando esos contrapesos, en parte por la evolución normal de la sociedad y en parte por la infatigable labor de algunos presidentes empeñados en destruir todo lo que se opusiera a su afán de control total. Hoy, México cuenta con muy pocos mecanismos de contrapeso y ninguno de la importancia de los que existieron cuando "el sistema" funcionó con óptimos resultados. Aun si existieran, la realidad del presente exige otro tipo de estructura, acorde con una sociedad dinámica y globalizada, distanciada cada vez más del corporativismo del pasado.

A diferencia de los cambios paulatinos

del sistema político, una vez que la economía hizo crisis, la única alternativa fue una profunda reforma. La crisis de la economía no tardó en hacerse evidente: la hiperinflación y el estancamiento exigían una solución impostergable. La reforma ha actuado para contrarrestar esas circunstancias: corregir las finanzas públicas, liberalizar el comercio exterior, desregular al aparato industrial, etc. En el ámbito económico, incluido ahora el agrícola, el gobierno ha actuado con celeridad y eficacia, creando una nueva plataforma para el desarrollo económico.

La reforma económica ha minado muchas de las estructuras corporativas que caracterizan al PRI, sobre todo porque ha impedido favorecer discrecionalmente a grupos afines por la vía administrativa, y porque ha hecho innecesaria a buena parte de la burocracia central y paraestatal. De esta forma, el cambio económico, en la medida en que se profundiza, está desestabilizando más al PRI y, con ello, se va alejando la posibilidad de postergar por más tiempo la estructura y naturaleza del sistema político postrevolucionario.

¿MÁS DE LO MISMO?

Sería fácil establecer paralelos con otros sexenios pero el ejercicio sería fútil. Carlos Salinas no es el primer presidente extraordinariamente popular a la mitad del sexenio; pero su popularidad, por fugaz que pudiese ser, está anclada en un piso mucho más firme que la de muchos de sus predecesores. Para empezar, la reforma económica ha transformado la estructura industrial del país y está modificando las relaciones sociales entre los diversos sectores de la producción así como entre esos sectores y el gobierno. Al desaparecer el corporativismo, el bienestar económico de un grupo o sector depende de factores cada vez más ajenos a la acción gubernamental y la estructura social está experimentando un cambio dramático que la aleja sensiblemente del pasado reciente. En este sentido, las circunstancias actuales del país guardan muy poca relación con el pasado y, por lo tanto, las comparaciones resultan cada vez menos útiles para entender el momento actual.

La popularidad del presidente tiene dos grandes razones: primero, la reforma económica, que ha llevado a una redefinición de todo lo que está ligado,

directa e indirectamente, a la actividad productiva. Cada vez hay más mexicanos que tienen la posibilidad de desarrollar sus capacidades sin los impedimentos burocráticos que mataban cualquier iniciativa. Gracias a que el presidente ha reconocido la distancia entre la realidad y la retórica gubernamental en los ámbitos más diversos —desde las importaciones hasta la religión— y ha hecho algo al respecto, se ha ganado la aprobación de un gran número de mexicanos. En este contexto, la popularidad se debe a acciones concretas y reales que están cambiando —o podrían llegar a cambiar— la realidad de los mexicanos.

Las expectativas cuentan mucho en la popularidad. No es casualidad que algunos sectores que ya han pasado de las expectativas a la realidad sean los que más apoyan al gobierno actual y es poco probable que, *ceteris paribus*, disminuya esa popularidad. En muchos de los sectores más pobres de la sociedad, las expectativas de un mejor futuro son hoy elevadísimas, pero su realización dependerá de la capacidad de la reforma de hacerles llegar los beneficios del crecimiento. De particular importancia en este ámbito va a ser la rapidez con que se eleve el nivel y calidad de vida de la población y la amplitud con que se beneficien las diversas regiones del país.

Precisamente porque existe un gran problema de tiempos e infraestructura y para hacer llegar los beneficios de la reforma y del crecimiento a los sectores más pobres del país es por lo que la administración salinista inventó el programa Solidaridad, la segunda razón de la gran popularidad del presidente. Al igual que la reforma económica, Solidaridad también constituye un rompimiento con el gasto social tradicional, pues no está fundamentado en subsidios generalizados, ni se trata de un programa permanente. Solidaridad tiene un severo problema para mantener las expectativas positivas (y, por lo tanto, la popularidad del presidente) porque la posibilidad de cosechar beneficios —como mayores ingresos, empleos permanentes, etc.— vendrá, en el mejor de los casos, cuando los que hoy son niños en las comunidades beneficiarias de Pronasol lleguen a la edad adulta, habiendo contado con una educación adecuada y un servicio de salud apropiado.

Nada garantiza que la popularidad de Carlos Salinas vaya a perdurar pero, a

diferencia de la de López Portillo en el mismo momento de su sexenio, la de Carlos Salinas está anclada en un programa de transformación radical de la estructura del país —sobre el que Salinas tiene una enorme influencia— y no en un absurdo endeudamiento externo basado en la esperanza de un alza sostenida de los precios internacionales del petróleo, sobre los que López Portillo no tenía influencia alguna.

LOS PRIMEROS RESULTADOS

A tres años de iniciado el sexenio, México ya no es el mismo. La reforma económica ha tenido un trascendental impacto sobre la sociedad creando una situación en la que subsisten las estructuras tradicionales y extraordinariamente centralizadas junto con una sociedad que tiende hacia una rápida descentralización. El cambio parece incontenible, pero sus beneficios aún no llegan a todos los mexicanos, lo que, a la larga, si no se logra podría ser uno de los fardos que acabara debilitando (o incluso negando) los logros de la reforma en su conjunto.

El primer gran cambio es la descentralización. Se han venido desmantelando estructuras centralizadoras en el ámbito económico, con lo que se ha gestado un cambio drástico en la actividad económica. Las centrales obreras se empiezan a desmoronar, quedando como meros cascarones del pasado; la burocracia trata de asir cualquier resquicio de control y se aferra a las áreas a las que todavía no llega la reforma institucional. Los empresarios de los diversos estados disminuyen el tamaño de sus oficinas en el Distrito Federal al no requerir tanta "gestión" ante las dependencias federales. Las fuerzas descentralizadoras están terminando con el viejo esquema de centro con periferia subordinada. Las estructuras centralizadoras resultan anacrónicas. No es casual que la organización centralista por excelencia —el PRI— esté en problemas.

El PRI, ya no puede responder con eficacia ante las nuevas realidades económicas, políticas y sociales; electoralmente, sus estructuras y vicios resultan contraproducentes cuando pierde pero, irónicamente, ahora también cuando gana. Sin cambios, el PRI ya no será el espacio de lucha entre las camarillas políticas o, como en los últimos tres sexenios, entre el partido —y/o algunos de

sus grupos prominentes— y el presidente; sino un espacio de quietud y desolación semejante a un cementerio frente a una realidad que los prístinos tradicionales parecen incapaces de comprender.

Dos grupos aparecen en competencia: los que ven al pasado y los que ven al futuro, los pobres y los ricos, los ganadores y los perdedores, el México nuevo y el México viejo, los antiyanquis y los proyanquis, los antiiglesia y los proiglesia. Muchas de estas oposiciones seguramente se refieren más al debate del momento que a las grandes tendencias de la sociedad mexicana, pero no dejan de mostrar la coyuntura en la que nos encontramos: o sigue el cambio o nos quedamos a la mitad del camino, aunque la mitad del camino no existe. No seguir adelante es retroceder porque implica que las fuerzas caciques recobren posiciones y vuelvan a cerrar espacios a la sociedad, poniendo en riesgo su viabilidad, como ocurrió en 1982. El gran desafío del gobierno reformista para los próximos años será avanzar tanto en el camino de la reforma que los beneficios sean recibidos por la mayoría de la población, haciendo con ello irrelevantes las dicotomías mencionadas. Pero todavía falta mucho para eso.

El país está en el momento crucial del proceso de reforma: ahí donde se enfrentan los contrincantes sin que ninguno tenga todavía la certidumbre de ganar esta nueva justa histórica. La salida de esta confrontación es compleja, porque requiere de cambios cada vez menos asequibles y más difíciles de realizar. Un primer camino podría ser la creación de un cuerpo legal acorde con el momento actual y el establecimiento de un sistema judicial independiente capaz de hacerlo cumplir. Se trata de una necesidad imperiosa, pero muy difícil de lograr en una sociedad sin tradición de respeto a la legislación ni a la independencia y honorabilidad del poder judicial y en la que se requieren cambios de estructuras, valores, actitudes y prácticas. Basta observar la incredulidad en el proceso electoral (a pesar de los tribunales que para contrarrestarla se crearon), para reconocer las enormes dificultades de avanzar en ese camino. Sin embargo no es imposible el cambio jurídico-judicial.

La creciente presencia de partidos de oposición abre la posibilidad de que el gobierno rinda cuentas a la sociedad.

Aunque la naturaleza de muchos partidos de la oposición —la mayoría de ellos reflejo del PRI en su comportamiento— hace poco probable una rendición de cuentas efectiva. Es decir a pesar de la creciente descentralización, el país no cuenta (al menos no ahora) con pesos y contrapesos que hagan posible un equilibrio entre los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, lo que explica las interminables —e inútiles— confrontaciones partidistas en el Congreso. El conflicto partidista, por sí mismo, no lleva a nada: sólo la adopción de las reglas del juego entre partidos puede llegar, paulatinamente, a un esquema de constitución de pesos y contrapesos y, por lo tanto de cambio político.

El potencial de violencia es elevado porque no existen canales efectivos para la expresión del descontento. En la medida en que el PRI pierde capacidad de respuesta y nada ni nadie la desarrolla, el país está entrando en una etapa peculiar de su historia política: un país con una impresionante y pocas veces vista tradición de disciplina corporativo-institucional está por acabar de romper con toda la estructura del pasado sin que haya todavía nada que la sustituya. El sistema político del pasado está prácticamente rebasado y sus instituciones han dejado de operar, pero todavía no se ha empezado a construir un nuevo esquema político que encuadre la participación, las reglas del juego y la institucionalidad política del futuro. Estamos, paradójicamente, en uno de los momentos menos institucionales de nuestra historia contemporánea.

El país ha rebasado el primer umbral de la reforma: actualmente no hay nadie que dispute la reforma misma, aunque varíen los calificativos. El siguiente umbral será el del cambio político, para lo cual tendrá que construirse un nuevo consenso.

LOS TRES DILEMAS

La descentralización está minando uno de los más simbólicos puntos de confrontación dentro del país: el antichilanguismo. En la medida en que las decisiones del gobierno federal se toman cada vez más generales y menos específicas y que la libertad de acción se incrementa en todos los ámbitos del país, el Distrito Federal deja de ser un tema relevante para las quejas de los mexicanos

que no habitan ahí. En lugar de atribuir todos los males al DF, la moda hoy es ignorarlo. Este hecho quizá facilite el liderazgo presidencial —y le quite la carga de la imposición tradicional del centro— pero hace mucho más difícil vencer las resistencias políticas (dinosaurias), muchas de las cuales se localizan en el Distrito Federal.

Al cambiar la realidad social del país, el sistema político tradicional y sus reglas tienen que cambiar.

El sistema político, con Calles y sobre todo con Cárdenas, fue creado para fortalecer al partido y a la presidencia. Es natural que al reconocer que el partido ya no es monopolio y que la presidencia ya no es ni puede ser omnipotente, el conjunto del sistema político cambie. El sistema político está cambiando a pasos agigantados al abrirse espacios para los partidos de oposición, al romperse las estructuras corporativas y al eliminarse las relaciones de subordinación política que existían en diversos ámbitos. Más aún, con las crecientes disputas electorales a nivel estatal, particularmente en Guanajuato y San Luis Potosí, las ventajas tradicionales del PRI se desvanecen —y se vuelven contraproducentes. Con la transferencia de gubernaturas a la oposición en un estado y la amplia posibilidad de que esto se repita en otros estados el próximo año, las ventajas para los priistas de pertenecer a un partido en descomposición empezarán a ser cada vez más onerosas.

El primer gran dilema en el panorama político es el que se refiere al PRI. La estructura tradicional del PRI se ha vuelto un fardo y un impedimento al avance del proyecto reformador. En su estado actual, sin sustituir las viejas estructuras burocráticas por mecanismos de participativos que terminen con los intereses de caciques y feudos internos, el PRI tiene un gran pasado, pero no tiene futuro. La interrogante es si conviene esperar a velar el cadáver o construir una alternativa que refleje el proceso de cambio o dejar que el propio cambio le dé forma al nuevo sistema político. La duda es qué forma va a adoptar el cambio.

Solidaridad bien podría ser la base popular de un nuevo partido, pero no se trata de un esquema de fácil realización. En este momento, mucho, si no es que todo el beneficio político de Solidaridad depende del liderazgo presidencial y no de un proceso institucional, que es, por

definición, la esencia de cualquier partido. Si bien es evidente que Pronasol es hoy una efectiva base política, esto no la hace institucional, mucho menos partidista y, en cualquier caso, su naturaleza es anatema a la estructura del PRI. De esta forma, la única manera de concebir a Solidaridad dentro de un contexto partidista sería como alternativa al PRI. Pero para que Solidaridad pudiese convertirse en un partido, la lógica del sistema tendría que cambiar en forma radical: se tendría que crear un esquema institucionalizado de poder, debidamente sancionado por la Constitución.

Por definición, una base política es fluida y cambiante, en tanto que una base partidista tiene que ser institucional, aunque cambie con el tiempo. Si algo ha enseñado la evolución y la creciente inutilidad de los mecanismos tradicionales del PRI es que una base política, fluida y cambiante, por definición no puede permanecer inalterada permanentemente. Por ello, si lo que se busca es una nueva base política que cumpla con el mismo propósito y beneficio que la creación de los sectores del PRI logró en los treinta, es decir, control vertical desde arriba, entonces la esencia de Solidaridad hace imposible la creación de un nuevo partido. Solidaridad puede convertirse en una base partidista sólo en la medida en que se plantee un esquema de partido no para controlar a la población sino para encauzar su participación.

La alternativa partidista es muy simple: se substituye al PRI por un partido que permita confrontar el reto electoral y político de una manera abierta y competitiva o se enfrenta su deterioro creciente con la expectativa de que el conjunto de los partidos, incluido el PRI, creen algo relevante. A juzgar por el desenvolvimiento de los partidos en los últimos años, este esquema simplemente no funciona. Por otra parte, la posibilidad de que se dé un cambio desde arriba para substituir al PRI abre toda clase de oportunidades: el que pega primero pega dos veces.

El segundo dilema se refiere al presidencialismo. El debilitamiento de la institución presidencial ha hecho que sea menos relevante de lo que parece. Si se creara un partido competitivo y participativo, limitaría el poder presidencial; por otra parte, si se articulara una estructura constitucional de pesos y contrapesos que fuera efectiva, el poder ejecutivo

adquiriría una nueva dimensión. En este contexto, un presidente popular y exitoso tendría un enorme poder de negociación, en tanto que uno que no lo fuera se vería limitado por las estructuras institucionales. Si esto sucediera, el presidencialismo, en la acepción peyorativa que ha adquirido en los últimos años, desaparecería sin haber cambiado nada de la propia institución presidencial. Al mismo tiempo, haría posible que hubiera un buen gobierno y se limitarían los daños de uno que no lo fuese.

El dilema más contradictorio del sistema en general es el de los pesos y contrapesos. México necesita crear estructuras legalmente articuladas para limitar la violación de los derechos individuales, para exigir cuentas a los funcionarios públicos y para hacer cumplir las leyes. La necesidad de pesos y contrapesos es tan obvia que se han creado organismos supraparalelos —como la Comisión de Derechos Humanos— para que subsistan.

En la práctica, en los últimos años se han ido recuperando algunos de los pesos y contrapesos informales que existían en el pasado, sobre todo en la medida en que la búsqueda de consenso en diversas legislaciones y acciones gubernamentales ha llevado a la negociación del gobierno con sindicatos, el sector privado, las comunidades campesinas, la Iglesia, los Estados Unidos, etc., lo que implica ceder en la capacidad del gobierno de actuar unilateralmente. Con ello se han recreado pesos y contrapesos que le dan certidumbre y viabilidad política al país.

Pero seguimos enfrentando un enorme problema de institucionalidad, sobre todo porque los cambios de los últimos años han roto lo que existía sin crear substitutos. En el campo, por ejemplo, la modificación del Artículo 27 constitucional va a liberar, al menos en teoría, a los campesinos del yugo burocrático. Pero, ¿cómo se van a encauzar sus demandas de participación? La reforma del Artículo 130 va a conferirle a la Iglesia una enorme capacidad de influir sobre las escuelas y el magisterio. ¿Qué mecanismos institucionales van a dar cabida a estas nuevas fuerzas? Por otra parte, ¿cómo se van a proteger los derechos de los campesinos y de las minorías religiosas o de los no creyentes? El problema institucional —y el de los pesos y contrapesos— está presente y no puede dejarse al libre albedrío.

Los pesos y contrapesos tienen que ser de dos tipos. Aquellos que se dan de manera informal —como se empezaban a dar nuevamente a través de las privatizaciones, de Solidaridad, de la liberalización y desregulación de la economía— son clave para conferirle estabilidad al aparato productivo y los constitucionales que son indispensables para proteger los derechos de los individuos y para evitar el abuso del poder. Los primeros se han puesto en marcha, aunque se podría hacer mucho más en otros ámbitos que afectan al público, como la prensa y la televisión. Los pesos y contrapesos informales no son suficientes; sin pesos y contrapesos constitucionales, el problema simplemente no se resolverá porque los mexicanos seguiríamos supeditados a la voluntad gubernamental.

El país siempre ha tenido problemas y no dejará de tenerlos. Pero desde el fin de la Revolución nunca han sido tan claros como ahora. El país ha avanzado en forma inusitada en los últimos años y se prepara para una etapa nunca antes posible ni concebible. Para ello, sin embargo, es necesario conciliar nuestra cambiante realidad con las rígidas e inflexibles estructuras políticas y burocráticas que impiden el jalón final. Un nuevo sistema político, nada menos que eso, es lo que hace falta ahora. Las coordenadas están dadas. Sólo falta la voluntad de saltar. □



Buzón de fantasmas Al Abate González de Mendoza

Valery Larbaud

La primera traducción al francés de Los de abajo fue realizada por un señor J. Maurin en la revista mensual Monde a principios de 1930. El Abate José María González de Mendoza, miembro de la legación mexicana en París, la remitió al Dr. Azuela, quien se quejó del prólogo que lo presentaba como bolchevique, de la mala traducción, de que estaba condensada, de que no se le había pedido permiso y de que no se le había pagado un centavo. El Abate logró que Jean Cassou se interesara por una nueva traducción y se puso a corregir la versión de Maurin. Más tarde, Cassou contrató a Valéry Larbaud —admirador de Azuela de tiempo atrás— para que hiciera el prólogo y puso en contacto al Abate con el inventor de Barnabooth. La última carta de las varias que intercambiaron en el proceso es la que visita nuestro buzón este mes. G.S.



VALBOIS
par Saint - Pourcain - sur - Sioule
Allier

29 de diciembre de 1929

Monsieur,

Deseo agradecerle de la manera más sincera el que, a solicitud de nuestro mutuo amigo Jean Cassou, me haya usted

remitido la cronología de los acontecimientos políticos en México. Gracias a ella y a los informes biográficos sobre el Sr. Azuela que me proporcionó usted, he podido escribir un prólogo que, espero, será útil a los lectores franceses de *Ceux d'en bas* y que les hará desear conocer mejor la literatura mexicana contemporánea. Me he esforzado por inspirar al lector de esas páginas el deseo de combatir también los posibles errores en lo que se refiere al estado político actual de México, y sobre el carácter puramente literario de la obra del señor Azuela.

Es gracias a usted que he podido en parte redactar ese prólogo, y le manifiesto mi agradecimiento. Reciba usted, querido señor, con mis mejores deseos para el año que comienza, mis saludos más sinceros.

Valery Larbaud

En París: 71, rue du Cardinal Lemoine, V^e

Traducción de Guillermo Sheridan

Exposiciones Retratos

Conrado Tostado

Calle de Tabaqueros, Carranza, Correo Mayor en víspera de Reyes: imposible dar un paso. En la esquina de Soledad y Jesús María una pila de cartón corta el paso sobre la acera.

LOS ANGELES/item 70980
Quantity 96 pcs
c/no
Made in China.

En un perol se fríe la trompa del cerdo. Un hombre pasea calzones para niño: "¡A cinco le vale la media docena, cinco le vale el regalo de los niños, aproveche la oferta, el remate, seis por cinco mil, para el regalo del chavo". Puestos de relojes, zapatos, juguetes, cinturones

de plastipiel, brassieres, bromas, té de tlanchalagua, tlacoyos, planchas, licuadoras, uno tras otro. Cuatro granaderos paralizados por el gentío. "¡Al tiro con los de azul!" grita un vendedor con micrófono. Los cuatro voltean al mismo tiempo. "No, ¡esos son los buenos!", aclara el vendedor. Un diablo de cuatro metros de alto corre por el centro de Correo Mayor, entre los automóviles y la gente. "¡Ahí va el diablo! ¡Ahí va el diablo!". Un mendigo manco. Visceras fritas. "¡Sí, mire, se va a llevar...!" Camisetas:

Prodotto do
Exportacao
Rio

do Plata
Brasil

Tacos de cabeza, 600 pesos. Un coche de juguete choca contra una caja, se voltea sobre su techo y repite el trayecto. "Únicamente le vale mil pesos, mil pesos le vale, mil pesos le cuesta". Desgarbo, desaliño, deformidad. Pambazos, quesadillas. Un perico grita, desesperado, en un balcón del primer piso, inclinado hacia la calle: "¡Pepe! ¡Pepe!". Músicos ambulantes, acordeones: ritmos antiguos. Corridos de traficantes de drogas. Hasta el fondo de la calle se oyen los pregones, cantados con voces altas ¿de almuédanos? ¿De cantaores? ¿De juglares? ¿Qué edad tiene este pueblo? ¿Un milenio? ¿Quinientos años? Es algo que ya no se encuentra en muchas ciudades de Occidente. Con frecuencia, el público substituyó al pueblo. Éste, por el contrario, es un conservador tenaz de la cristiandad medieval, de los moros de España, de la Mesoamérica prehispánica. Su rostro no ha variado. ¿En siglos?

Tres días después de Reyes, un arco de flores se recarga en el portón del templo de Jesús María: "Homenaje de los comerciantes ambulantes del antiguo mercado de La Merced". Un poco más adelante, una docena de diablitos desocupados se agrupa frente a la puerta de la pulquería "El Rataplán". Los rostros tienen edades, sin embargo, desconocen las eras. Refután los cambios. O nos obligan a preguntarnos: ¿qué cambia? Tras el barrio de La Merced, en el antiguo barrio de San Lázaro, el Archivo General de la Nación expone 150 fotografías del archivo Díaz, Delgado y García. El oficio de Enrique Díaz, fotoreportero en funciones durante los años veintes y treinta, impuso ciertas limitaciones a su obra. No muestra una imaginación personal, sino la de su clientela: periódicos y revistas ilustradas, instituciones. Es decir, cierta imaginación colectiva. Fotografía el lugar común. Personalidades y sucesos.

Obrégón en 1921, lleno de vida como un becerro, con su gran frente y su nariz de niño, observa, concentrado, con una mirada activa, a la masa bajo el gran sol del Zócalo. Su brazo descansa sobre el barandal del palco presidencial. Enfrente, las torres de la catedral, casi blancas. Dos poderes que no tardarían en enfrentarse de nuevo. ¿Lo sabían? Sobre el reloj de Catedral el viento sacude una bandera tricolor. A espaldas de Obrégón,

figuras desordenadas, a contraluz, miran en todas direcciones con cierto dramatismo y solemnidad. Están alertas. Esta fotografía podría verse como una alegoría: las masas, presentes e invisibles bajo la mirada presidencial. La Iglesia enfrentada. La nación con ella. Los nerviosos guardaespaldas de Obrégón, ¿buscan a Toral? Todo lo reunió un espontáneo y misterioso sentido de la composición, semejante a Delacroix. Hallazgos difícilmente repetidos en esta exposición, es cierto.

Calles, recientemente sentado en la silla presidencial: cacarizo, con cicatrices, cabello rebelde. Los ojos, rasgados hasta convertirse en rendijas, parecen ocularlo. Manos pesadas y bigote grueso. Su mirada, ¿es sólo una impresión?, ligeramente bizca. Boca inexpresiva, nariz carnosa. Muestra inteligencia y sobre todo astucia. Parece sonreír. ¿Se desquita? Este rostro da escalofrío. Parece absorto, como si se mirara a sí mismo en la silla. Está transportado, satisfecho. Pero más que nunca, en esta silla es "el Turco".

En el otro extremo, una docena de huérfanos bajo las regaderas del hospicio, frente a un muro de cemento cuarteado. Unos se enjabonan. Otros tiemblan, sentados en el piso, con los brazos pegados al cuerpo. Uno, muy pequeño, jala con fuerza la cadena de la regadera. Aquél mira hacia una esquina, tranquilo, satisfecho de su desnudez. En el centro de la foto un niño, más moreno que los demás, mira con curiosidad al fotógrafo. Todos parecen obedecer, desordenadamente, las órdenes de algún adulto. Están contentos del bullicio. Este grupo de cuerpos, oscuros y desarmados, tiene esa complejidad y dinamismo que se advierten en las mejores fotos de la exposición. Con todo, la facultad más destacada de Enrique Díaz es su sentido de la masa. Compuso con ella curiosas fotografías. Sobre todo, una vista de una calle comercial del centro de la ciudad. Toda la sociedad está allí. El vendedor de merengues de pulque, el vocador, el niño con una enorme gorra de lana, dandys con sombrero de carrete y corbata de moño, la anciana con toca de seda negra, el campesino de sombrero ancho, la dama sonriente con sombrero de campana. Un niño da sus primeros pasos vestido de marinero. Dos niñas, con vestidos sin mangas, se abren paso a codazos. No cabe nadie más. Todos se mueven bajo una lluvia de banderolas

colgadas de un lado a otro de la calle. Todo tipo de letreros sobre las fachadas de los edificios: "Calzado Excelsior, orgullo de la industria nacional",

32 Casa Aziz 32
importador de
trajes para caballero

"O.K." Un racimo de globos flota al centro de la calle. Al fondo, diminuto sobre el mar de sombreros, un tranvía cruza la calle. En el ángulo inferior izquierdo, la muestra de un oculista: lentes con los ojos pintados. En el ángulo opuesto, el fotógrafo incluyó un curioso letrero: "El comercio es el eje principal del progreso de las naciones".

El número cuenta brutalmente en todo esto. Por un instante, México es Nueva York. Un hormiguero iconoclasta, obsesionado por elevarse. Una ciudad hecha de ángulos agudos y líneas rectas, de rascacielos que son astillas intratables. Antenas. ¡Fuera matices! ¡Al grano! ¡Contrastes! ¡Aviones recién liberados. La exposición *Modernidad y modernización*, en el Museo Nacional de Arte, reúne, entre otras piezas, un puñado de xilografías y dibujos que sirvieron de ilustraciones a revistas y libros estridentistas —*Urbe* (1924) y *Metrópoli* (1928) de Maples Arce, *El pentagrama eléctrico* (1925) de Salvador Galarza, *El viajero en el vértice* (1926) y *El movimiento estridentista* (1927) de Germán List Arzubide, etc.— realizados por Ramón Alva de la Canal, Fernando Leal, Jean Charlot, Roberto Montenegro —por cierto, su pequeña carátula de *Radio* (1924), poema de Luis Quintanilla, es preferible a su obra mural. ¿Cuándo veremos una exposición dedicada a este movimiento en las artes plásticas?

Manuel Maples Arce dibujado por Alva de la Canal (1924): el poeta en el Café de Nadie, entre un aleteo de hojas de periódico y el oleaje de alambres de mesas y sillas. El retrato recuerda a Pessoa en el Café Brasileira, pintado por Almada Negreiros. Pero el cubismo de Alva de la Canal es verídico, no decorativo.

Se pensó, tal vez con razón, que el retrato dibujado o pintado perdía fuerza. Este género pagano —¿derivado del arte religioso?— parecía retroceder ante la fotografía. Ahora bien, la exposición *Pasión por Frida*, en el Museo Estudio Diego Rivera, descubre un fenómeno inquietante y paradójico. La imaginación

colectiva convirtió los autorretratos de Frida Kahlo en talismanes. Un acontecimiento de orden religioso explotado comercialmente. Kahlo se confundió con las vírgenes y mártires del panteón católico. Su rostro reemplazó al de la virgen en la imagen de Guadalupe. Se la pintó atravesada por flechas, como "Santa Sebastiana". Se le dirigen ruegos. "Frida aseptame" (sic), escribió la autora de un voluminoso libro de imágenes de la pintora, recopilado a lo largo de 12 años. Se venden toda clase de amuletos con su imagen. Fuera de sus valores intrínsecos, ¿que dicen estos autorretratos? Quizá reúnan, confusamente, el orgullo nacional, la defensa del pueblo, la liberación de las mujeres, la entrega al arte, todo fundido por el sufrimiento, que tanto impresiona a la sensibilidad cristiana. Todo esto revela una mentalidad atroz. Como sea, el "Fenómeno" demuestra los poderes del retrato.

En México, el género se inició en el siglo XVI, como lo muestra la exposición *El retrato civil en la Nueva España*, que expuso recientemente el Museo de San Carlos. La mayor parte de estos retratos son anónimos y pertenecen a colecciones particulares. Esos artistas novohispanos confiaron más en el dibujo, en sus líneas graciosas y volátiles, que en la pintura. Por lo general, lisa. Los pintores desaparecen detrás de sus pinceladas. Son pintores enamorados de la penumbra. De las superficies bien recordadas. La composición fue resuelta de una vez por todas.

El pintor crea, primero, un interior de tonos quizá demasiado escépticos, precavidos, excesivamente terrestres. Dos colores: el glauco y el pardo. Sus tonos tienen algo cenizo y seco. O, mejor dicho, algo de estanque de agua podrida y lodosa. Ese ambiente apagado debió contrastar con el exterior luminoso del Altiplano. Como si la luz atravesara un vidrio grueso, verde. Con todo, esa luz no interpreta una luz real, sino ideal.

Luego, el artista perfora esta atmósfera con el deslumbramiento del escarlata. Y el negro. No teme recubrir una tercera parte del cuadro con una superficie negra, lisa. O escarlata. Pero, ¿qué negros estos negros! ¿Qué intenso, puro e irreal el escarlata! Una amapola en el barro del estanque. Creo que dos contrastes definen esta pintura. Uno, atenuado, entre el glauco y el pardo. Otro, brutal, entre el escarlata y el negro. Este último

parece una insurrección del pintor. Un pistón, una válvula de escape.

Hasta aquí, el cuadro parece sonar por sí solo. Sospecho que el pintor ejecutaba las cuatro quintas partes del cuadro rápidamente, sin requerir al modelo. Dos o tres masas de color, con una estudiada y decidida distribución. Superficies lisas y zonas sobrecargadas de líneas de una concentrada ebriedad. Movimiento y quietud. El triángulo de la cortina, trabajado con capricho. El rectángulo vertical del muro. Liso y frío. Las baldosas del piso, otro rectángulo acostado. Al centro, bien delineada, de pie, cerca de una mesa, la figura. Y sus atributos: los niños, frutas. Las mujeres, flores y abanicos. Los hombres, armas y libros. El pintor *interpreta*, en el sentido musical del término. Es un *juego* elegante y virtuoso, hecho de precisión y vaguedad, de capricho y rigor. El cuadro incluye otro fuerte contraste: lo convencional y lo individual. El artista se concentra intensamente en el rostro.

Los rostros son la única luz del cuadro y tienen luz propia. Son soles. Y son profundamente individuales. No tienen ninguna belleza ideal. Sus rasgos son esmerada, puntualmente personales. El artista no se detiene ante la deformidad física o moral. No faltan batracios ni pájaros. Hasta cierto punto, esos rostros son autónomos. Bien podríamos descontar el fondo, el traje y la mesa. Todos miran fijamente los ojos del pintor. Es decir, del espectador. Parecen interrogarlo. Lo solicitan, lo enjuician. Quizá, a su manera, muestren timidez frente al pintor.

Un ejemplo: los ojos oblicuos, hundidos en la carne blanca y blanda de Francisco Antonio Sánchez de Tagle ("Regidor perpetuo de esta nobilísima ciudad"), pintado en 1761 por Miguel Cabrera. Una mirada rubia, arrogante, afeminada y cruel.

Los burócratas son incorregibles. Los de hoy tienen la misma mirada, los mismos gestos y, diría, los mismos rasgos de los burócratas virreinales. Es la mirada defensiva y soberbia, servil y desafiante del hombre cuya mejor arma es el disimulo, la inacción. Tras el tesoro sin labios, de mirada incolora y agresiva, el coronel con gesto de asco. Oficiales cejijuntos y barbihechos.

Las mujeres, en cambio, son prados de moños, bordados, plumas y joyas. En ellas hay un olor retenido y violento a clavel y a rosa. Casi todas llevan esos

extraños chiquiadores. La joven Ignacia Tadea de Arosqueta, inteligente, caprichosa, observadora, nos mira, divertida, bajo sus cejas largas y delgadas. Su diminuta barbilla parece lista a broma. Con todo, sus labios estrictos guardan un secreto. Parece dispuesta a correr, ligera, por las baldosas del pasillo. Habla en voz baja, rápidamente.

La dulce Mariana Luisa Ruiz de la Rábida, en un retrato de fines del siglo XVIII, atribuido a José de Páez, con su pañoleta roja sobre la cabeza, su frente pequeña y sus cejas gruesas, narigona y de barbilla hundida, casi sonríe con sus grandes ojos, oscuros y ovalados. Algo humilde, pasivo y cómplice la aproxima más al campo que a la corte. Por el contrario, las tremendas Bárbara Covanzos Núñez de Villavicencio y María Josefa Melchora Cano y Moctezuma (descendiente del emperador), impecables e implacables damas de la corte, ojeras y cáusticas, blanden sus abanicos con una telegrafía aguda y quizá, despiadada. Con todo, son esbeltas, alegres y sensuales.

La *Dama con guante*, de un pintor anónimo del siglo XVII, con sus labios gruesos y piel lozana, ojos grandes y divertidos, el brutal contraste entre su piel blanca y la espesa cabellera negra que rodea su rostro, la boca un poco cínica, los hombros redondos, carnales, invita a la frase ingeniosa, al juego. Su brevísima cintura, al baile. ¿Por qué esa larga cadena de oro rodea sus hombros! Sin duda sedujo, brilló en la corte. Sostiene un guante con la mano. Es la más hermosa de la exposición.

En otro retrato, obra de un pintor anónimo de los primeros años del siglo XIX, Petra María de Guadalupe Tomasa de Moncada y Berrio aparece con una expresión desordenada e íntima. Dejó el abanico. En las manos: la paleta y el pincel. Ya no mira de ese modo alerta y un poco paranoico al pintor: tiene una mirada ausente y triste. Perdió el aplomo.

El cuadro se volvió un remolino glauco y negro. La pincelada es más rápida y suelta. Estamos, de golpe, en el romanticismo. Esta obra recuerda algún retrato de Goya.

Por cierto, dos obras de Goya, expuestas en el Centro Cultural Arte Contemporáneo dentro de la serie *Presencia del Museo del Prado en México*, confirman y en cierto modo separan las tendencias del retrato novohispano. Tienen todos sus elementos y el mismo gusto.

En ambos, la luz proviene del rostro. En *El cardenal Luis María de Borbón y Vallabriga* (1800) utilizó, al máximo, el contraste entre el escarlata y el negro, extendido en superficies lisas y bien delineadas. La expresión se concentra en los ojos y las manos. Todo esto da, al conjunto, un aire austero e irreal.

Por el contrario, en *José Moñino, conde de Floridablanca* (1788), Goya acentuó la difusión de las luces. Es un concierto de glaucos y pardos, cruzado por

una diagonal azul Prusia, intensa y brillante. ¡Y aquel sombrero, negrísimo, bajo el brazo! En esta obra, el traje y el fondo son los verdaderos protagonistas. Tienen una grandeza turbia, sensual y, por decirlo así, silenciosa. La luz que ilumina el muro, detrás del conde, resulta arrebatadora. Y la sombra que se esfuma sobre las baldosas, algo demoníaca. No estamos lejos de Turner —ni, en cierto modo, de Wagner. □

disciplinario. Tan pronto suscitaba discusiones apasionadas como zanjaba reyertas y conflictos ajenos. Apodábamos a su elevada oficina "el palomar de Huguette", y hasta él llegaban las eminencias, los curiosos o quienes nada más buscaban unos minutos de esparcimiento y descanso del apresurado mundo exterior. En ese diminuto corredor, al que conducía una breve escalera de caracol, charlaban, uno, cuando andaban en el país, con Roger Caillois, Robert Escarpit, Max Pol-Fouchet, André Malraux, Georges Sadoul, Merleau-Ponty... Previa cita o por casualidad. Nunca sin la presencia, benévola y catalizadora, de nuestra juvenil anfitriona.

Recuerdo que David Rousset, autor de *L'univers concentrationnaire* y uno de los tempranos compañeros de Sartre en *Les Temps Modernes* que más pronto pelearon con su fundador y director, manifestó, quizá por sugestión de un amigo común, su deseo de platicar conmigo. En consecuencia, Huguette nos invitó sin tardanza al consabido té, y Rousset inició el diálogo advirtiéndome que ya le habían hablado de mi "costumbre" de transcribir en los diarios las conversaciones privadas que tenía yo con personajes famosos como él en esos ámbitos. Me rogó que mantuviera nuestro intercambio *off the record* y, sin que yo me atreviera a interrumpirlo una sola vez, me endilgó una vasta apología, no exenta de ingenio y medias verdades, del Partido Revolucionario Institucional. Finalizó:

—Me propongo recomendar la instalación en Francia de un organismo así, manejado por funcionarios de gran experiencia política y burocrática, aptos para zanjar sin oposición y de buen modo toda clase de conflictos. En Guayaquato vi actuar al comité local del PRI. Me pareció intachable.

Al aludir a mi "costumbre" de revelar confidencias de próceres, mi interlocutor se refería sin duda a la difusión que había yo dado a una conversación pública, sostenida por los redactores de la revista *El Espectador*, con Malraux, entonces ministro de Cultura, durante una reciente visita suya a México. En todo caso, atento a su ruego, me abstuve de divulgar en 1961 aquellas opiniones de Rousset; y si treinta años más tarde las propago, es porque ya no pueden perjudicar a nadie; antes bien, subrayan la notable diferencia que hay entre ayer y hoy.

Litoral

Jaime García Terrés

Hace algunos meses, la Sociedad Médica Franco Mexicana me invitó a decir unas palabras sobre la vieja Librería Francesa. Como se trataba de un espontáneo testimonio afectuoso, mejor que de una seca historia documental, aprovecho el texto que de ahí resultó, para abrir, con toda informalidad, un nuevo paréntesis en este Litoral que mes tras mes se ofrece a los lectores de Vuelta.

"NUESTRA" LIBRERÍA FRANCESA

No quiero hacer la historia de una institución, sino el bosquejo abiertamente personal de una época. Porque eso fue la Librería Francesa para las dos o tres generaciones vecinas que formábamos su clientela medular mientras ocupó su antiguo sitio, sus clásicos dominios, casi en la esquina del Paseo de la Reforma y Bucareli, junto al restaurante *Ambassadeurs* y el edificio *Excelsior*.

Aunque ya se anunciaba el caos gris y abrumador que hoy la define, México era entonces una ciudad en la que aún se podía vivir y convivir. Dentro del llamado primer cuadro se concentraban la Universidad y con excepciones escasas, sus facultades, las oficinas públicas y la mayor parte de las privadas, los grandes almacenes, las peñas de los cafés y bares.

Y por supuesto, los periódicos. La ubicación de la Librería, a un lado del Caballito, favorecía la convergencia de un público a la vez elitista y diverso.

¿Cuándo y cómo nació? No lo sé, ni me interesa demasiado el aspecto documental del asunto. Después de la guerra, en forma paulatina, comenzaron a multiplicarse y reordenarse los vínculos culturales de todo género entre México y Francia. Se creó el IFAL. El gobierno de la Francia liberada otorgó becas a estudiantes y posgraduados de nuestro país. Y en Reforma y Bucareli, todavía al amparo de algunos árboles del Paseo, apareció la que hasta el arribo del nacionalista regente Uruchurtu siguió llamándose, visiblemente en la lengua del general de Gaulle, la *Librairie Française*.

No siempre, ni mucho menos, iba uno allí a comprar libros. A menudo se acudía al amplio local, lleno de estanterías y grandes mesas cubiertas por las últimas novedades bibliográficas, a encontrarse con amigos, a conversar con intelectuales y periodistas extranjeros, o simplemente para tomar una taza de té con Huguette.

Huguette Balzola, hija de español y francesa, ciudadana por derecho propio de nuestro pequeño cosmos, era el tutelar espíritu de aquel espacio inter-

La guerra había traído consigo una general escasez de libros franceses. Éramos entonces estudiantes deseosos de leerlos.

Aunque no los había sino esporádicos, de segunda o tercera mano, y carísimos por lo regular. Sin embargo, Andrés Zaplana solía repartirlos, cada vez que milagrosamente llegaban a su expendio en la Avenida Hidalgo, detrás de Bellas Artes, verdaderas joyas a precios a nuestro alcance: tomos de Giraudoux, Cocteau, Gide, Colette... Todavía guardo, en buen estado, los que me tocaron en suerte. Luego, comenzaron a llegar volúmenes impresos en Canadá, y atractivos, aunque costosos, ediciones argentinas de Mallarmé, Valéry, Lautréamont, en su lengua original. Mi primer Proust (*Du côté de chez Swann*), que me leí de un tirón, como si fuera novela policiaca, traía un pie de imprenta de Montreal. Todo eso cambió con la inauguración de la Librería Francesa. Fecha a partir de la cual pudimos consumir libros con la tinta parisiense aún fresca; en una palabra *le dernier cri*...

En 1947 me ofrecieron una beca del gobierno francés. Si bien era un incuestionable honor, no la puede aceptar hasta 1949, porque Carlos Chávez me había hecho subdirector general de su Instituto Nacional de Bellas Artes y no era cosa de renunciarle al día siguiente. Pero en la fecha convenida me embarqué en el *lie de France* y pasé en Francia más de un año; para regresar a México, tras una asomada al carnaval de Río de Janeiro, en 1951. No incurriré en la desmesura de narrar aquí cuanto ocurrió en ese largo viaje; baste mencionar el cajón de libros franceses que, con otros enseres, tuve que mandar por barco desde el Havre, imposibilitado de cargar con él como equipaje de mano.

Y asimismo mencionaré el hecho pertinente de que la Librería Francesa se convirtió de inmediato en cuartel general de los nostálgicos hijos pródigos que, como yo, iban reintegrándose a la patria después de la memorable experiencia deparada por la beca o por cualquier otra tarea (la diplomática por ejemplo) que los hubiera retenido en Europa.

Uno de los más asiduos clientes de la Librería era el filósofo Jorge Portilla. Al menos dos o tres veces por semana hacía su aparición y sus ojos miopes practicaban, a cinco centímetros de distancia, el detenido repaso de las novedades. Hojeaba nervioso cada volumen y cada

revista. Desechaba los más, escogía y se llevaba algunos, dejaba apartados otros, y se ponía a charlar con quienquiera le apetecía en el momento. Por lo común hablaba en voz alta y con enérgicos ademanes. Jamás pasaba inadvertido.

Como sucede con muchos escritores escasos —a su muerte, apenas si un puñado de amigos logró reunir conferencias y cortos ensayos suficientes para integrar el único tomo de su *Fenomenología del relato*—, Portilla era estimulante conversador y polemista oral. Además, en las fiestas, cantaba flamenca y viejos corridos con buen estilo. Era, sobre todo, lector febril. A menudo encargaba libros por correo aéreo y considerable anticipación, por puro afán de ser el primero entre nosotros en leer tal o cual flamante título. Fueron proverbiales sus discusiones con Octavio Paz; no pocas de ellas solían prolongarse hasta la madrugada y algunas dejaron su huella enmascarada en los relatos de Carlos Fuentes.

La desmemoria, que tantos detalles en

aparición fútiles respeta, tiende a evadir las cronologías. No recuerdo cuándo ni en qué orden: un día se fue Jorge Portilla, otro día Huguette Balzola desapareció en Milán. La Librería Francesa se mudó a la zona rosa. La compró Claude Gallimard, por cuya cortesía nos convertimos en simbólicos accionistas Octavio Paz, Carlos Fuentes y yo. El peso mexicano descendió a los infiernos, y el precio de los libros importados ascendió —como habría dicho Alfonso Reyes— a cielos no muy celestiales. La contemporánea vida en la ciudad inclinada a la dispersión y al aislamiento.

Con todo, la historia no finaliza aún. El mismo prestigiado nombre, el mismo servicio cordial y paciente continúan identificando, en distinto contexto a "nuestra" librería. Pero mi crónica —esbozo testimonial de una época, y no de un establecimiento— si exige un término, y no voy a demorarlo más. Valga como un recuerdo afectuoso de tiempos idos, y un voto de gratitud a quienes los distinguieron. □

Carta de Copilco

En una cafetería en Austin

Guillermo Sheridan

ELLA: ¿Por qué tardaste tanto?

ÉL: Es que vi a una señora que se cayó en la escalera del hotel.

ELLA: ¿Cómo se cayó?

ÉL: Iba bajando por la rampa de los minusválidos, cuando...

ELLA (AL MESERO): *Please, what is a German Choco...?*

ÉL: ¿Me escuchas o no?

ELLA: ¡Sí, te escucho!

ÉL: Bajaba por la rampa de los minusválidos...

ELLA: Pero... ¿Era una minusválida?

ÉL: Ahora lo es.

ELLA: *Please, what is a German Chocolate Cake?*

ÉL: Un pastel de chocolate con una suástica.

MESERO: *Ab, well... it's made of chocolate, in the shape of a cake.*

ELLA: ¡Este es el mesero tautológico!

ÉL: Es como El Putón Patrio.

YO: ¿Quién es El Putón Patrio?

ÉL: Bajaba la rampa de los minusválidos y se golpeó la frente con una trabe y se cayó.

ELLA: *What is a Kansas City Pie?*

ÉL: Un pie en forma de Kansas City.

ELLA: En este país enseñan geografía con los postres.

YO: ¿Quién es El Putón Patrio?

ELLA: ¿Y sangró?

ÉL: ¿El Putón Patrio?

ELLA: ¿Y no, la minusválida?

ÉL: ¿Cuál minusválida?

ELLA: ¿Cómo cuál? ¿La que se cayó!

Él: No era minusválida, por eso se cayó. Si hubiera sido minusválida hubiera ido en su silla de ruedas y entonces su altura hubiera sido la correcta para librar la trabe.

ELLA: ¿Pero sangró?

Él: No, no sangró.

ELLA: ¿Entonces de qué te ríes?

YO: Puede demandar al hotel por poner una trabe en la rampa.

Él: El hotel la puede demandar a ella por no ser minusválida.

ELLA: Ahora lo es.

Él: Ya puede bajar por la rampa sin golpearse.

ELLA: De haber sabido que iba a ser minusválida, hubiera traído su silla de ruedas.

Él: Para no ser minusválido hay que usar silla de ruedas.

ELLA: Si hubiera traído silla de ruedas, hubiera bajado por la escalera y se hubiera caído.

ELLA: Y vos ¿porqué estás tan serio?

Él: Está deprimido porque buscó en la computadora de la biblioteca si estaban sus libros y no estaban.

ELLA: ¿Y por eso te pones tan serio?

Él: Carlos Fuentes está hasta en las películas y vos no estás ni en la computadora.

YO: ¿Qué es El Putón Patrio?

Él: Y bueno, era una vedette imponente en la que fermentaban los deseos

eróticos de la patria toda y luego fue amante de...

ELLA: Una vedette cargada de carnes y de drusas.

YO: ¿De qué?

ELLA: De drusas.

YO: ¿Qué es una drusa?

Él: Una mujer que vive al norte de china.

ELLA: Es como... una geoda, una geoda especial. ¿Nunca lo supiste?

YO: Nunca lo supe.

Él: De joven supe leer a Fuentes. Me encanta esa construcción.

MESERO: *Ab, anything else?*

YO: ¿Qué es una geoda especial?

Él: Pedí, pedí, que espera el tautológico.

ELLA: *What is an Austin Milksbake?*

Él: ¿Pedí y ya! ¿por qué tenés que preguntar?

MESERO: *Ab, well, it's like a Milksbake.*

ELLA: *I want an Austin Milksbake.*

Él: Supo pedir una Austin Milksbake.

MESERO: *Two Austin Milksbakes?*

ELLA: Una drusa es una piedra preciosa. Más bien un polvo brillante que cubre a una piedra cualquiera. Un conjunto de drusas forman una geoda.

Él: Anoche supe comerme un pollo.

ELLA: Una se disfraza con drusas.

Él: Una vez, Danubio se disfrazó de vals.

ELLA: El mejor disfraz es la ignorancia ajena.

Él: Gogol: El Inspector.

ELLA: El único inspector que conozco es Clarisse.

MESERO: *Two Austin Milksbakes.*

Él: *Two?* ¿Pero cómo que *two*? Bueno, déjelo. *Leave it.*

ELLA: ¡Che! ¡Pero esto está frío!

Él: ¡Eres testigo! ¡Cuando haya que recluirla recuerda esta escena!

ELLA: *This Austin Milksbake is very cold!*

Él: El helado supo ser frío.

MESERO: *Well, lady, ab, it is a milkshake, you know.*

ELLA: *You will put it in the microwave oven for me. One minute, please.*

Él: No es posible.

MESERO: *It's made of ice cream, lady.*

ELLA: *Two minutes, then.*

Él: Yo me muero.

ELLA: "Tras de agonizar, muere." Así decía un encabezado en Montevideo.

Él: ¿Supiste por qué se llama así? Un conquistador iba en la carabela, llegó a tierra, vio un monte y dijo: "¡Montevideo!"

ELLA: El conquistador macarrónico.

Él: Habría que disfrazarse de Montevideo.

MESERO: *Here's your hot ice cream, lady.*

Él: Ahora le va a parecer caliente.

ELLA: ¡Che! ¡Pero esto está caliente!

Él: "Yo soy augur, uruguayo soy". □

